Omar Amadeo Ramos

LAS APARICIONES
Y OTROS CUENTOS



EDITORIAL
Victoria Ocampo

BILIOTECA DIGITAL
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO SIN FINES DE LUCRO

OMAR AMADEO RAMOS

LAS APARICIONES
Y OTROS CUENTOS

Edición digital

EDITORIAL
Victoria Ocampo

Proyecto de difusión cultural sin fines de lucro

Arte de tapa y composición general:



Edición digital: 2026
Fundación Victoria Ocampo
Programa de difusión cultural sin fines de lucro



Omar Amadeo Ramos nació El 30 de diciembre de l952 en la Capital Federal.

Es narrador, poeta y crítico literario. Periodista, egresado de TEA (Taller Escuela Agencia de Periodismo) en l995. Abogado, recibido en UBA en l982. Mediador recibido en l997.

Colaborador del Suplemento Radar Libros, del diario Página 12. Publicó cuentos, poemas y artículos en los diarios La Nación, La Prensa, en la Página Abierta dirigida por el escritor Jorge Clemente. La Voz del interior, Córdoba, La Capital, de Rosario y La Capital, de Mar del Plata, entre otros medios gráficos y blogs del país y del extranjero.

Dictó talleres de cuento, novela y periodismo en la Facultad de Derecho, Extensión Universitaria, de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Se desempeñó con coordinador adjunto de la Comisión de Cultura del Colegio Público de Abogados. Es presidente de la Fundación Victoria Ocampo.

PUBLICACIONES DEL AUTOR

***Migración del sueño*, poemas, en 1988. Ediciones El Barco Ebrio, dirigida por el escritor Héctor Álvarez Castillo.**

***Lugares violentos* (cuentos) editorial Metáfora 1998. Declarado de interés cultural por la Dirección de Bibliotecas de la Provincia de Buenos Aires.**

***El Cielo y el Infierno* (cuentos) Primer Premio de la Editorial Victoria Ocampo. Se publicó en esa editorial con un subsidio del Fondo Nacional de las Artes.**

***Sangre en las botas* (novela) Ediciones B 2005.**

***La Elegida: Historia de la Hija de Jesús y María Magdalena*. Segundo Premio Editorial Planeta. (novela, editada por Editorial Planeta en el 2005) Traducida al portugués y publicada en Brasil.**

***El Ultimo Pecado* (novela) Editorial Planeta 2009.**

***Recordando a Julio* (cuentos) Editorial Casa de Papel 2013.**

***El dolor de la ausencia* (novela) 2019 Editorial Baldíos en la Lengua. Fue seleccionada y se encuentran ejemplares en el archivo histórico y bibliográfico de la Biblioteca de la Provincia de Buenos Aires.**

***La Ruptura* (novela) 2019. Moglia Ediciones. Colección Ojo lector.**

***Ficciones Reales* (cuentos) 2020. Álvarez Castillo Editor. El cuento "Las furtivas espumas del mar", recibió una distinción en el Concurso Juan Rulfo, otorgada por Radio Francia Internacional.**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 6

EL ENCUENTRO 8

RECORDANDO A JULIO 18

CUENTO INÉDITO DEL ABOGADO FRANZ KAFKA 22

LOS HERMANOS 24

LA PRESENCIA DE DIOS 28

LAS FURTIVAS ESPUMAS DE MAR 36

LA ILUSIÓN DEL MAR DULCE 43

LA TIERRA PROMETIDA 50

LA CRUZ LATINA 59

LA REDENCIÓN 61

LA BÚSQUEDA 63

EL CIELO Y EL INFIERNO 67

ESE CURA 69

LAS APARICIONES 72

EL OCASO 75

EL GLOBO 82

PRESENTACIÓN

Esta selección de narraciones denominada ***Las Apariciones y otros cuentos*** fue elegida de distintos libros de Omar Amadeo Ramos, sobre todo del ***El Cielo y el Infierno,*** que obtuvo el Primer Premio del Concurso de Cuentos de la Fundación Victoria Ocampo en el año 2003.

La escritora María Esther Vázquez, quien presidía en ese entonces la Fundación, prólogo el libro premiado donde refiere que el autor "narra distintos temas donde se entrecruzan las virtudes, los vicios y las contradicciones de los hombres. Los personajes transitan por la lascivia, la hipocresía, la bondad, el miedo, la corrupción y la cobardía. El autor se desplaza con comodidad por el remoto pasado en "La ilusión del Mar Dulce", cuyo protagonista es Pedro de Mendoza, hasta los cuentos ambientados en un colegio católico confesional de los años 60, dirigido con criterios decimonónicos como lo son "La Presencia de Dios", "Ese Cura" y "El Cielo y el Infierno".

"Las Apariciones", que da título a esta selección, refieren de la fe católica inquebrantable para una abuela y portadora de dudas para el protagonista.

En esta antología personal se agregaron relatos de género fantástico como "Las furtivas espumas del mar", "La Redención" y "La Cruz Latina", donde gradualmente la realidad comienza a ceder y el espacio y el tiempo adquieren otra dimensión.

También se sumó un cuento de rigurosa actualidad "La tierra prometida" que narra las expectativas, muchas veces frustradas, de la emigración que se produce de los países periféricos a los centrales. En el caso de este relato con una ambición desmedida del personaje central que se torna entre trágica y grotesca.

Del primer libro de cuentos ***Lugares Violentos,*** publicado por la Editorial Metáfora en 1998 se ha elegido "El Ocaso", que aborda el tema de la vejez, y "Los Hermanos" que plantea una situación de vida o muerte derivada del congelamiento de los embriones humanos.

Por último, se escogió del libro ***La palabra nos da vida***, publicado por Ediciones Ápeiron, Madrid, España, 2024, "El encuentro", basado en una entrevista que le realizo el autor a Jorge Luis Borges en 1981; el cuento "Recordando a Julio", inspirado en Cortázar cuando vino a la Argentina en 1983, poco antes de su muerte en 1984, y una narración titulada "Cuento inédito del abogado Franz Kafka", donde el protagonista cuestiona la arbitraria aplicación de las leyes muchas veces ajenas a los sentimientos de los seres humanos.

Es aspiración de esta editorial que los relatos aquí reunidos muestren en su diversidad las búsquedas y el estilo de la literatura del autor.

El editor

EL ENCUENTRO[1]

Sentí de golpe la impresión de haber vivido ya ese momento.

"El otro", Jorge Luis Borges.

Recuerdo que lo conocí personalmente en su departamento de la calle Maipú, una mañana lluviosa de l981, donde mantuvimos una charla bajo la más estricta normalidad. A la semana siguiente, en el segundo encuentro, sucedió lo que todavía no he contado a nadie. Recién ahora creo haber descubierto la clave. Como diría usted, sufrí un miedo elemental por haber vivido algo imposible.

Yo supe de usted, a mediados de los sesenta, cuando mi padre me sugirió leer "El Aleph" y otros cuentos. Tendría trece o catorce años y desde entonces quise conocerlo y preguntarle por su literatura.

El primer encuentro de aquella mañana que siguió hasta la tarde, lejos estuvo de la cacería que relatan los periodistas cuando deben entrevistar a una gran personalidad: No concedo notas, estoy escribiendo una novela, corrigiendo para editoriales y tengo pendientes unas traducciones para *El Times*. Usted no me dijo nada de eso, quizás porque mi intención no era hacerle un reportaje. Le dije que escribía, estudiaba derecho y quería conocerlo. Un compañero de facultad me dio su número y me sugirió nombrar al doctor Quirno Lavalle, un historiador amigo suyo. Confieso que hasta el día de hoy no sé quién es. Le hablé un martes a las nueve de la mañana porque sabía que le gustaba levantarse temprano. Me atendió Fanny, su mucama correntina, y le pregunté, vacilante, si podía hablar con el señor Borges. Ya le comunico con él, me dijo. Después de varios segundos en que sentí la insolencia de interrumpir el trabajo de un creador, escuché un ruido de sillas y enseguida su voz entrecortada:

—Soy Borges, ¿con quién hablo?

—Con Omar Ramos, mucho gusto, señor Borges. Me dio su número el doctor Quirno Lavalle. Quisiera conocerlo, escribo en una revista que se edita en la Facultad de Derecho.

—Qué bien, yo saqué varias revistas literarias. Ahora estoy con un amigo, me está ayudando a traducir *Las Fabulas* de Stevenson. ¿Qué le parece si me llama el jueves a las nueve de la mañana?

El miércoles esperé el encuentro sin excesos de optimismo. Usted podría estar ocupado, haberle surgido una conferencia, tal vez algún viaje. El jueves lo llamé con puntualidad. Disqué el teléfono a las nueve de la mañana. Nuevamente atendió Fanny y me dio con usted. Volví a escuchar un ruido de sillas, algunos murmullos y finalmente su voz. Se acordó de nuestro breve diálogo, me preguntó si estaba ocupado y me propuso verlo en una hora. Me bañé y vestí como si me estuviera azuzando un sargento. Busqué la máquina de fotos, un cuaderno, lapicera y el grabador. Salí a la calle y paré el primer taxi. Repasé las preguntas, mientras el conductor hablaba del tiempo. Seguimos derecho por Libertador y subimos por Plaza San Martín. El taxi se detuvo en Charcas y Maipú. Bajé y corroboré el piso con el portero que estaba parado en la puerta. Subí ansioso por las escaleras y toqué el timbre. Fanny abrió la puerta y me dijo que le avisaría. Luego de unos segundos usted apareció, de impecable traje oscuro, aferrado a uno de sus múltiples bastones que procedían de varios y exóticos países. Ayudado por Fanny se agarró de mi brazo y me confundió con otra persona. Hacía más de treinta años que había perdido la vista. Del vestíbulo pasamos al pasillo del departamento de tres ambientes, yo ya le había dicho quién era y usted se excusó por la confusión. Me señaló con una leve inclinación del bastón el dormitorio de su madre, con quien vivió toda su vida. Me aclaró que estaba intacto, incluso con ropa sobre la cama. Más adelante me dijo: Ese es mi dormitorio, tengo algunos libros en un estante y un tigre de cerámica azul, con palmeras pintadas en el lomo. Sé que le gustan mucho los tigres, le dije en voz baja. Sabía que era el animal borgiano por excelencia, recurrente en sus cuentos y poemas. Luego pasamos al comedor, donde se relamía un gato que se llamaba Beppo (por el personaje de Lord Byron). Había pocos muebles, bastantes raídos, humedad en las paredes y varias bibliotecas. Me invitó a sentarme en un sofá junto a usted. Alcancé a ver sobre una de las bibliotecas fotos de su madre, doña Leonor Acevedo, de su amigo Adolfo

Bioy Casares y Silvina Ocampo. Le pregunté si podía usar el grabador, saqué también un cuaderno y lapicera. Todavía emocionado por su presencia que me parecía irreal, le dije:

—¿Es cierto que en estas bibliotecas no hay ningún libro escrito por usted?

—Así es. ¿Quién soy yo para codearme con Séneca o con Bernard Shaw?, evidentemente nadie —me dijo con convicción.

Pensé que sus libros debían estar y compartir con otros la biblioteca, pero preferí respetar su humildad. Luego, giró la cabeza en dirección a la biblioteca. Supuse que apenas veía sombras o figuras difusas. Usted estuvo más preciso.

—Ya no veo, Ramos, soy un pobre ciego. No volveré a leer los libros que están en los estantes. Me gustaba consultar *La Enciclopedia Británica*, algunos griegos, Elliot, Whitman, Stevenson. Ahora debo resignarme a que me lean.

—Yo le puedo leer —dije en tono bajo.

—Bueno, Ramos, si quiere ser escritor no sólo debe leer, sino también releer que es más importante. Relea los clásicos, allí está todo el misterio de la literatura —se ajustó los anteojos.

—Usted es uno de ellos, por eso lo leo —afirmé convencido.

–No comparto su opinión —meneó la cabeza—. Yo no tengo obra, sólo fragmentos que algunos consideran literarios—Echó el cuerpo para adelante y apoyó una

mano sobre la mesa—. Obra tiene Kafka, Joyce, Dostoievski, entre otros.

—¿Le gustaría que le leyera a Kafka? –me atreví a preguntarle, ya distendido por la naturalidad que usted le daba a la charla.

—Sería magnífico –su rostro pareció más feliz que nunca–. ¿Qué le impresionó más de su obra?

—*La Metamorfosis*. Me resultó real la transformación del personaje.

–Bueno, empecemos ahora, la va a encontrar en el tercer estante empezando de abajo, en la biblioteca de la derecha —me indicó.

Durante el resto de la mañana le leí parte de *La Metamorfosis*, le pregunté acerca de la vida atormentada de Kafka y usted me respondió con una

erudición asombrosa. Presté atención como nunca. El grabador seguía encendido, cada tanto, yo tomaba alguna nota. Me interesaba el escritor, pero también el hombre, que se mostraba cortés y amable con un desconocido. Llevábamos tres horas de charla y lecturas y siempre respondía a mis preguntas con explicaciones.

Fanny nos acercó un té. Usted bebió con lentitud y al finalizar el último sorbo me dijo: Le voy a contar lo que mi padre me recomendó. Lea sólo aquello que le emocione. No lea una obra porque es reciente, antigua o famosa, o bien desconocida, hágalo si le brinda placer. Sólo escriba cuando sienta la necesidad de hacerlo, que es lo que hago ahora. No busco los temas, dejo que ellos me encuentren. También mi padre me dijo que no me apurara en publicar. Muchas veces yo le digo a una persona que estoy escribiendo un cuento y enseguida me preguntan si es para *La Prensa* o para *La Nación.* Su rostro mudó de expresión: Pero qué sé yo, eso es secundario. Ni siquiera sé si voy a publicarlo, me aclaró.

Fanny levantó las tazas y usted me miró. Yo escribo para satisfacer una necesidad inmediata. Yo creo que se escribe para uno mismo. Pensar en mayorías o minorías sería falso, sentenció, y me pidió que le acercara el bastón. ¿Qué le parece si se queda a almorzar? Esta mujer correntina prepara una comida sencilla, no es inteligente, pero es muy sagaz, afirmó mientras se levantaba del sofá. No me excusé, sentí que cuanto más me quedase más aprendería. Además, literatura de lado, su personalidad me resultaba interesantísima. Ya durante el almuerzo, un bife con arroz y verduras cocidas, me habló de Lugones: Yo quería imitarlo, ¿sabe?, me dijo con cierto pudor. Enseguida me nombró a Evaristo Carriego: Ese poeta, amigo de mi familia, que conocía cada palmo del Barrio de Palermo y después mencionó a Mishima, el talentoso narrador japonés. Yo lo escuchaba con admiración tratando de no interrumpirlo. Usted seguía mencionando escritores: Macedonio Fernández, sabe Ramos, me dijo luego de llevarse la servilleta a los labios, era un nacionalista extravagante. Admiraba a Hugo Wast, que no había leído. Luego admiró a Yrigoyen, después a Uriburu.

La mucama trajo uno de sus postres preferidos: queso y dulce, el otro era el arroz con leche. Le saqué el tema de "El Aleph", el primer cuento de usted que leí en mi adolescencia. La explicación es la siguiente, me dijo: Existe, sobre todo para los teólogos una categoría que es la eternidad y se entiende

que en la eternidad coexisten, conviven, todos los instantes del tiempo. Por ejemplo, si se cree en Dios, yo no creo, se supone que es eterno, es decir que para él todo el pasado, el presente y el porvenir son simultáneos, son contemporáneos. Me entusiasmé con su relato y no lo interrumpí. Usted continuó con su explicación: Yo soñé, yo pensé, vamos a aplicar ese concepto a una categoría más humilde que es la del espacio, no la del tiempo, vamos a suponer un punto en el cual están todos los puntos del universo. Todo partió de esa idea bastante sencilla que consiste en aplicar al espacio lo que el concepto de eternidad aplica al tiempo. La eternidad es un instante donde están todos los instantes del tiempo. El Aleph es un punto donde están todos los puntos del espacio. Como esa idea era rara, siguiendo el concepto de Wells, conviene que lo demás sea vulgar o normal para que la narración lógica lo acepte.

Hizo un alto para terminar el postre. Aproveché para decirle que esos conceptos me ayudaban a entender mejor el cuento. Usted prosiguió: Entonces, yo pensé, ese punto conviene que esté donde están los lectores, en Buenos Aires. Conviene en una calle, un poco gris, como la calle Garay y convienen personajes que sean vulgares también para situar ese punto extraordinario que es el Aleph. Es además el primer número de la matemática de la doctrina de los conjuntos de Cantor. De ahí salió el cuento, lo demás lo hice con amigos míos, hablé de una amiga mía que había muerto y agregué otras cosas.

Después de su relato lo llevé del brazo hasta el living donde me dijo que mirara un mate de plata con pie de serpiente que reposaba sobre un estante. Sé por qué se lo digo Ramos, mire, resiste el paso del tiempo, ¿no es soberbio? Luego me acerqué hasta una de sus bibliotecas y vi los tres volúmenes de *Las mil y una noches*, de Lane, el diccionario latino de Quicherat y un *Don Quijote*, de casa Garnier. Enseguida, fuimos hasta un patio interno, me mostró un gomero, helechos y malvones. Nos quedamos bajo un silencio que cada tanto se interrumpía por la bocina de los autos. Cuando retornamos al living, usted me dijo que dormiría un rato la siesta. Si tiene ganas, lo espero el jueves que viene, tenemos muchos temas para seguir charlando, añadió y se despidió.

Durante toda la semana desgrabé y repasé los momentos del encuentro. Interrumpí mis estudios de derecho para recordar los detalles y escribirlos.

Volví a leer "El Aleph", "El Sur", "La Intrusa", y "El Otro", *y* me surgieron preguntas para hacerle.

El jueves llegué como la vez anterior con absoluta tranquilidad. Volví a tomar un taxi que realizó el mismo recorrido. Esta vez no estaba ansioso y no sé por qué pensé que la existencia a veces trae imponderables y misterios. Sólo minutos después supe el motivo de estos pensamientos. El taxi se detuvo frente a su casa. El portero no estaba, entré con una señora que tenía llave. Me extrañó que usara un sombrero pomposo, con dos altas plumas, propio de principio de siglo, y un vestido con falda larguísima. Subí por las escaleras y toqué timbre esperando que me abriera Fanny. Me recibió un joven de cabello, espeso y oscuro, peinado hacia atrás. Usaba anteojos redondos, vidrios gruesos y montura de metal. Llevaba un traje negro y una corbata clara ceñida al cuello de su camisa blanca. Mucho gusto, soy el otro, el mismo Borges, sesenta años atrás, me dijo con semblante sereno y cierta timidez.

Pensé que el parecido era asombroso, yo había visto fotos de Borges joven en varias biografías. "Debe ser uno de sus sobrinos", me dije. Adelante, pase, usted ya conoce la casa, siéntese en el sofá, me indicó con amabilidad.

—Siempre lo tuve por un gran bromista, señor Borges, pero admito que no lo creía con tanto humor –afirmé en tren de seguirle el juego. Le estreché la mano y añadí con voz firme: —Como habíamos quedado vuelvo a visitarlo para leerle algunos libros y preguntarle por sus cuentos.

Había algo, inexplicable hasta el día de hoy, que hacía que me comportara con normalidad. Usted se sentó junto a mí y me convidó con el té que humeaba en la tetera.

–Soy de estómago delicado, el café me hace pésimo —me aclaró.

–A mí me pasa lo mismo —le dije—. ¿Le molesta si enciendo el grabador?

—Adelante, qué me quiere preguntar —indagó con voz grave.

—Yo venía preparado para preguntarle por los cuentos, pero ahora me gustaría saber qué está escribiendo por estos días —le respondí.

—Todavía no escribo narrativa. Supe por el encuentro que tuve en Ginebra o en Cambridge, con el otro Borges, el que tiene la cabeza gris, que escribiré demasiados cuentos. También me aseguró que escribiré muchas

poesías y cuentos fantásticos. Darás clases como tu padre y como tantos de nuestra sangre, me auguró el Borges mayor.

Así será, le dije y me animé a preguntarle cómo estaban sus padres. Muy resuelto me contó que en las próximas semanas volverá con ellos a Suiza. Padre, siempre con sus bromas contra la fe. Anoche dijo que Jesús era como los gauchos, que no quieren comprometerse y que por eso predicaba en parábolas. Madre, siempre sana y buena, releyendo mis cosas. ¿Usted escribe?, Ramos. Estoy tratando, si tan sólo tuviera un poquito de su talento, afirmé con pudor como si estuviera hablando con el Borges mayor. Seguro que lo tiene, lo importante es leer y tenerse confianza, me recomendó y aclaró que estaba escribiendo un libro de versos sobre la fraternidad de todos los hombres. Dudo en el título, me dijo y sorbió el té, había pensado en titularlo *Los himnos rojos.* También me comentó, con cierto disgusto que se reflejaba en su rostro, que el Borges mayor le aseveró que la masa de oprimidos y de parias no es más que una abstracción. Sólo los individuos existen, si es que existe alguien. El hombre de ayer no es el hombre de hoy, sentenció algún griego. Nosotros dos, en este banco de Ginebra o Cambridge, somos tal vez la prueba.

De pronto, el joven Borges se puso de pie y me dijo que iba a buscar algo a la cocina. A esta altura de la charla, no sé si por la convicción que me demostraba o porque mi entendimiento quiso apartarse de la razón y entrar en lo sobrenatural, tuve el convencimiento de que estaba con el Borges de veinte años. Enseguida volvió con tostadas, manteca y dulce de leche. Sé que le encanta el dulce de leche, le dije y recibí su sonrisa. No sabe cómo lo extrañé en Ginebra. Pero claro, gracias a esa maravillosa ciudad conocí el francés, el latín, el alemán, el expresionismo de Schopenhauer, la doctrina del Buddha, de Conrad y la nostalgia de Buenos Aires. También la del amor, la de la amistad, la de la humillación y la de la tentación del suicidio, me confesó con expresión de tristeza. Apoyé la taza sobre la mesa. Nunca pensé que usted hubiera imaginado suicidarse, le dije con asombro. Me contestó: Ya ve, estamos a la espera de todos los sentimientos, pero bueno, pruebe más tostadas. Le hice caso y unté varias mientras usted me contaba del College Calvin, donde estudió en Ginebra. La función de ese colegio es formar hombres de élite para el servicio de la ciudad, me aclaró. Ese colegio quiere ser un hogar de cultura, dar a conocer a los clásicos y adaptarse a los

cambios de nuestra civilización. ¿Le parece que están cerca de esos objetivos?, le pregunté. Sí, sí, creo que sí, me respondió seguro. Terminé de sorber la última taza de té. ¿Se hizo de amigos allá? Claro, me confirmó, mientras se limpiaba los anteojos. Uno de ellos se llama Maurice Abramowicz, con los años será concejal comunista; el otro, Simón Jichlinsky, será médico de un barrio pobre. También trabé amistad con dos muchachos compañeros de colegio: Slatkine, ruso, de Odessa, moreno, bajo y vivaracho; Michel, el otro, es hamburgués, alto, flaco, de pelo colorado. ¿Quiere que le cuente algo gracioso?, me preguntó para que yo asintiera, lo que hice de buen grado. A los dos les enseñé a jugar al truco, aprendieron rápido y tan bien, que al final del primer partido me dejaron sin un centavo. Me reí y le pregunté qué había conocido además de Ginebra. Como usted sabrá, me dijo en tono serio, llegamos a Suiza en abril de l914 y nos instalamos en un primer piso de la Rue Malagnou, en Ginebra. Tengo recuerdos lindísimos a pesar de que estalló la guerra, me aclaró. Con Norah andábamos mucho en bicicleta, solíamos ir de picnic a los bosques en las laderas de las montañas o a la orilla del lago. Usted me había preguntado qué conocí además de Suiza. Bueno, balbuceó el joven Borges y se pasó la mano por su frente lisa y amplia, tengo tan buenos recuerdos de Italia, llegamos hasta Venecia y Verona. En el anfiteatro, donde hoy cantan las óperas, recité unos versos gauchescos de Ascasubi. ¿Tuvo éxito?, le pregunté. Mi familia no me escuchó, sólo los gatos famélicos que esperaban algún bocado, confesó. Me reí con ganas y el joven Borges hizo otro tanto. También estuvieron en España, le dije. Me enamoré de una chica muy linda, pero prefiero hablar del grupo ultraísta. Luego de vivir en Valdemosa, un pueblo que queda a menos de veinte kilómetros de Palma, me aclaró y detalló, alzado en una colina donde hay una iglesia y la Cartuja, que en sus orígenes fue un castillo mandado a construir por el rey Sancho, nos fuimos a Sevilla. Conocí un grupo literario, que se llamaban a sí mismos ultraístas y se habían propuesto renovar la literatura. Editaban la revista Grecia, que reunía a poetas consagrados como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y otros nuevos: Guillermo de Torre, Gerardo Diego, Casino Asséns, entre otros. Bueno, ¿qué tal una ginebra o una caña?, me insinuó el joven Borges. Dudé, la verdad es que tomo poco alcohol, sabe Borges. Me miró con asombro y me palmeó: Yo extraño tanto las caminatas por Palermo y Almagro, también tomarme una bebida criolla como la gine-

bra, aunque sé que proviene de Holanda. Bebamos una ginebra, le dije y le saqué una sonrisa. Borges se levantó del sofá y al rato volvió con la botella y dos copas. Confieso que me costó tomarla, pero para no quedar mal bebí con disimulo. Cuando terminé el último sorbo, levanté la vista y vi las fotos de Bioy Casares y Silvina Ocampo. Las señalé con la mano. Con los años, Adolfito será su gran amigo, le dije. Claro, y cuando yo me muera ganará el Cervantes, me respondió con una sonrisa.

Luego, el joven Borges me invitó a recorrer el living. Vi los tres volúmenes de *Las mil y una noches*, de Lane, el diccionario latino de Quicherat y un *Don Quijote*, de casa Garnier. Después, fuimos hasta el patio interno, me mostró el gomero, los helechos y malvones. Cuando terminé de mirar todos los objetos, me hizo sentar en el sofá y me dijo:

—Como ya se habrá dado cuenta, el relato "El Otro" es totalmente real.

—Lo miré fijo y le dije resuelto:

—En un principio pensé que era una broma de uno de sus sobrinos, pero ahora estoy convencido de que todo lo que usted me dijo es cierto. Usted me explicó que en el cuento "El Otro", un Borges de sesenta años dice estar recostado en un banco, frente al río Charles, en Cambridge, en l969. Ahí se encuentra con un Borges de veinte años, que argumenta estar en un banco de Ginebra, en l918.

–Sé el argumento, pero quiero escucharlo de su voz.

El joven Borges se ajustó la corbata, se enderezó en el sofá y prosiguió:

–En realidad los dos éramos uno en un mismo y único banco. Dentro de unos años también yo me encontraré con un Borges de menor edad –se reclinó hacia adelante y me clavó la vista–. Ramos, sé del descreimiento que el hombre tiene de los fenómenos que escapan a la razón.

—No sé por qué, pero creo en lo que está diciendo. No es menos ilógico que creer en un ser superior y en la resurrección de todos nosotros —afirmé convencido.

–Los hombres no quieren ver el mundo invisible que hay detrás de lo tangible. Sólo algunas personas lo pueden percibir —Borges juntó sus manos–. El Borges mayor lo eligió a usted para que supiera de este secreto y me pidió que lo develara después de su muerte. Yo seguiré escribiendo y según me dijo pasarán muchos años antes de que publique y me conozca la gente.

—Tenga por seguro que así será —le dije con orgullo y nos despedimos.

He pensado mucho sobre este suceso que no había contado a nadie. Hace años que Borges murió, por eso decidí escribirlo. Pensé durante mucho tiempo que fue el sobrino de Borges o un impostor el que charló conmigo en la segunda charla. Ahora, estoy seguro de que los encuentros con los dos Borges fueron reales. En el living de su departamento había unas fotos de Borges cuando tendría veinte años. Eran idénticas a la fisonomía del joven que conocí en el segundo encuentro. También la relectura del "El Otro", usted me lo había anticipado, me llevó a concluir que viví la simultaneidad del tiempo que menciona la trama de su cuento. Ya no descreo de los fenómenos que escapan a la razón.

RECORDANDO A JULIO[2]

Lucho comprendió entonces: el juego no había sido un juego.
"Cuello de gatito negro", **Julio Cortázar.**

Veías tu cara en el fondo del lavatorio, turbia como el agua que escupías, aferrado a esa noche de caricias, rasguños y gritos. Pensaste en el relato que ibas a escribir sobre la hoja desnuda que te observa, como te mira ella, también desnuda, esperando el momento que los haga sentirse vivos: a la hoja de papel, a ella y a vos. Los tres metidos en el tiempo, sintiéndose girar, aunque sólo sea un instante.

Hoy, a las seis de la tarde, en el Centro Cultural San Martín, se llevará a cabo un homenaje con motivo de tu muerte. El secretario de Cultura, el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores y destacados artistas disertarán sobre tu obra.

Cuando vino el año pasado no le hicieron ningún homenaje, gritó un hombre de unos cincuenta años delante de los funcionarios. Siempre pasa lo mismo. ¿De qué le sirve ahora que está muerto? Ve señora, ya están sentados en la primera fila mientras nosotros nos deslomamos haciendo la cola. Usted exagera, contestó la mujer con aspecto de directora de escuela primaria. Las jerarquías hay que respetarlas, sobre todo en una democracia. Está equivocada, ahora hay que exigir hechos concretos como sentarnos todos juntos. Falta mucho para llegar a una democracia, a ver si se cree que, porque votamos, vamos a tener un gobierno que piense en el pueblo. No empujen, acá no vinimos a hacer política. Hay que pedir cultura, voy a aplastar a la señora y todavía faltan subir varios escalones. Esto es peor que los cines de Lavalle. Nosotros los votamos y resulta que están sentaditos, adelante, en los mejores lugares, tomando Coca Cola.

Arrojás el dentífrico y te seguís viendo en ese lavatorio lleno de nostalgia, con un miedo inmenso que no podés explicar. Lo sentís fluir muy adentro,

hasta que lo destilás cuando preparás el café, y escribís unas horas para hacerle caso a esas ganas de inventar una historia como ésta. Con Lucho que conoce en el metro a Dina, cuando roza intencionalmente su guantecito negro entre montones de manos y codos. Se dicen unas pocas palabras hasta que ella lo invita a conocer su departamento.

A los empujones, como si se tratara de entrar en la popular de una cancha de fútbol, el público, estudiantes, profesores y jubilados subieron por las escaleras y entraron al salón principal. Esto es un desorden, para entrar tardamos más de una hora. No se queje, va a tener seis años para eso. No se puede hacer todo de golpe. ¿No escuchó a la Filarmónica en el Parque Lezama? ¿Y qué me dice de los centros culturales en los barrios? No empujen, el salón es muy grande. ¿A dónde quieren ir? No lo van a resucitar.

—Habría que encontrar las causas —dijo Lucho—. A lo mejor habría que ir muy lejos, casi hasta el final si queremos encontrar algo juntos.

—No entiendo de qué hablás. Me das miedo, mucho miedo —dijo Dina.

—Quiero hacer una historia y luego otra y otra —argumentaste mientras le servías un poco de café.

—Si no subiste por mí, no quiero escucharte —gritó Dina.

—Nada me sirve fuera del papel. Ni siquiera vos, aunque sea un disparate o una crueldad decírtelo. Te necesito en el espacio en blanco, tengo que escuchar el ruido de la máquina tecleando la trama, en este caso la de Lucho y Dina. Sólo así encuentro la puerta de este cuarto, la perilla de luz, la ventana y a vos, aunque tus cinco dedos busquen ahora enroscarse en mi cuello.

—Te dije, te dije que no soy un personaje de tu historia —gritó ella.

—Ayudame a encontrar la lámpara o unos fósforos. Tienen que estar en la mesa de luz, no quiero seguir tanteando a oscuras. ¿Dónde estás? —exclamó Lucho.

Tu mano se cerró sobre la garganta de Dina, como si apretases un guante o el cuello de un gatito negro, hasta que la soltaste porque te dolía el pecho y no podías respirar.

—No encuentro el final de esta historia —le dijiste a Dina—. Por más vueltas que le dé, no me convence.

Jadeabas, quisiste incorporarte para buscar la luz del velador y seguir escribiendo, pero no pudiste. Un dolor profundo te oprimía el pecho y las ideas se te mezclaban. Ya no sabías si esa mujer que estaba con vos era ella o Dina, si vos eras vos o Lucho.

No te quedaba tiempo, sentías que las ideas que pasaban por tu mente ya las habías escrito. Era hora de que escribieras un cuento sin final. A lo mejor sería mucho más interesante escribir un relato donde los personajes y los hechos recomenzaran y no concluyeran.

Ella pareció no entenderte. La fiebre formaba gotas en tu rostro, esbozaba nuevas historias, trayendo antiguos cuentos. Un intenso frío se apoderó de tu cuerpo. Después de un profundo jadeo, caíste hacia atrás. Tus ojos inmóviles traspasaron la ventana. Habías muerto.

Al comenzar el acto, el locutor dijo: No murió. La noticia es totalmente falsa. Fue comunicada por inescrupulosos. Seguramente alguna editorial con el fin de aumentar las ventas de sus libros. Quizás por periodistas que quisieron escribir columnas sobre su muerte. Tal vez por alimañas que siempre andan buscando historias. Qué mejor cuento que el de su muerte.

El público miraba ansioso. Los aplausos y los vítores estallaron cuando el locutor anunció que estabas allí para desmentir tu muerte y leer el último de tus cuentos inéditos. Cuando saliste al escenario, la gente vio a ese hombre alto que con voz gangosa refería: He llegado desde París para desmentir mi muerte y de paso contarles mi último cuento. Pensé terminarlo en el avión, pero el sueño y las preguntas de los pasajeros pudieron más. Les confieso que la noticia de mi muerte me asustó, pero ya estoy mejor. Después de este encuentro me iré a la casa de Banfield donde me espera mi familia. El lunes comenzaré el profesorado de letras. Los sábados relataré box desde el Luna Park. Dentro de unos años viajaré a París donde escribiré mis novelas. También llegará el momento de conocer Nicaragua y disfrutar del amor de Carol. Más tarde vendrá ese supuesto final donde muero por una injusta enfermedad. Pero ya ven que no es cierto, que es obra de algún escritor entusiasmado con finales trágicos. A esta altura de mi vida prefiero los cuentos sin final.

Veías tu cara en el fondo del lavatorio, turbia como el agua que escupías, aferrado a esa noche de caricias, rasguños y gritos. Era hora de que escribie-

ras un cuento donde los personajes y los hechos recomenzaran y no concluyeran. Aún no habías leído el diario que anunciaba que varios escritores hablarían en tu homenaje en el Centro Cultural San Martín.

CUENTO INÉDITO DEL ABOGADO FRANZ KAFKA[3]

Estaba echado de espaldas sobre un duro caparazón y, al alzar la cabeza, vio su vientre convexo y oscuro, surcado por curvadas callosidades.

***La Metamorfosis,* Franz Kafka.**

Hace varios minutos que me desperté y estoy inmóvil en la cama. Horrorizado compruebo que mis manos son dos tentáculos negros. A esta hora, todas las mañanas, salgo de mi casa para ir a Tribunales. Hoy los pasillos y los empleados de las mesas de entradas me esperarán en vano. Mi cuerpo está tamizado por frondosas hojas Romaní que traman el relieve de lo que parece un monstruoso insecto.

Habitualmente, en los procesos, debo soportar las maniobras dilatorias de quienes, pudiendo, no quieren pagar sus deudas, o lo contrario: contemplo apenado como se ejecuta al que no puede pagar el alquiler de un departamento. Me transformo en alegatos formalmente perfectos, pero de endeble solidez ética. Me invocan los arcaicos procedimientos y también los escasos altruistas que pretenden humanizar la justicia. Sé que ella existe, como el amor que siento por Milena, que no sólo irrumpe en nuestras cartas, sino que también es vital y apasionado en nuestras almas. Sé que la justicia cuando desmiembra la equidad que debe reinar entre los hombres, puede devenir en este atroz insecto que se ha apoderado de mi cuerpo.

Tengo ahora innumerables patas igual que el expediente que se retuerce en mi espalda transformada en una curva callosidad. Estoy cubierto por un caparazón y al alzar la cabeza sólo distingo las estriadas paredes de mi piel.

Son las nueve de la mañana, ya debería estar en Tribunales, pero no puedo incorporarme. Siento en el vientre unos filosos ganchos donde se incrustan cientos de escritos. Lentamente, temo lastimarme, estiro las piernas o lo que quedó de ellas. Es inútil, no podré asistir a la audiencia y perju-

dicaré a quien pretende que lo represente investido del saber jurídico que retumba, como un zumbido de abejas, en la mente de este insecto.

Estoy sudando una miel espesa que brota de mis ojos. Deambulo a ciegas por los pasillos de un enorme panal. Me reclaman justicia las esmeradas abejas, los zánganos y también la reina. No puedo convencerlos a todos.

Consigo abrir los ojos y distingo sobre la mesa del cuarto una parva de escritos, cédulas, exhortos, oficios y demandas. Esperan que este cuerpo recobre su antigua forma y vuelva a caminar. Por primera vez, intento explicarles por qué no puedo satisfacerlos. Menciono la frialdad de las leyes y sus vértebras desnudas que enclavan abstracciones. Quiero humanizar cada uno de los "papeles". Corrijo y luego salvo: sobre raspado escribo "seres". Vale.

En múltiples ocasiones no me leen y sin más soy arrojado al cesto luego de ponerme la hora y la fecha del día. En otras, vilmente se me archiva, me fajan la boca, trenzan con una cuerda mi caparazón y sobre mi oscuro vientre imprimen un número de cinco cifras.

Atino por levantarme para salir de este cuarto. Me tropiezo, caigo y retrocedo a la cama. Horas atrás había llegado a la puerta. Debo arrojar de mis pulmones enfermos la sangre amarillenta de este larva que me descuaja las ideas. Durante la noche, la nieve ha caído herrumbrosamente sobre Praga, pero no logró ensombrecer mis sentimientos. Sé que el sol aparecerá cuando se despierte Milena, cuando me bese, y sus ojos, anegados de espejos, nos reflejen en las aguas del Danubio.

Entonces, de nuevo me sentiré vivo y destronaré al sórdido insecto que invistió mi cuerpo. Sólo el amor puede transformar una fragua de hielo en una fronda de pájaros. Una larva de intrincados escritos en una persona de carne, huesos y sentimientos.

Después de una interminable lucha me he liberado de este monstruoso escarabajo que me succionaba la sangre. Logro salir de la cama y abrir la puerta del dormitorio. Mientras Milena prepara el desayuno, me afeito en el baño. El espejo me devuelve las formas humanas. Luego de que el agua me limpie las heridas, me pondré la camisa, el traje y la corbata. Llegaré temprano a Tribunales.

LOS HERMANOS[4]

Siempre tuve una salud envidiable, no como Ernesto que sufre del corazón desde chico. Nuestros padres le brindaron todo tipo de cuidados y lo siguieron haciendo después de mi nacimiento.

Los maestros me enseñaron las teorías evolucionistas, pero no los odio. Tampoco a Ernesto ni a mis padres. Recuerdo la primera vez que lo enfrenté: era una noche de invierno y sobre la mesa de mármol del comedor había una bandeja con fiambres y verduras. Mi hermano estaba molesto, le había salido un orzuelo enorme. A mis padres los noté preocupados. Vi en Ernesto un cobayo hambriento, con el ojo congestionado engullía el jamón, los tomates y las cabezas de espárragos.

Esa noche, no me preocupé por su enfermedad, no era tan grave como en estos días. Le recriminé a mis padres que pusieran sobre la mesa lonjas de animales y vegetales idénticos, que, aunque muertos, podían despertar en nosotros la desconfianza. Me reprobaron con un gesto de desagrado y quisieron cambiar la conversación. Les dije: Somos distintos a los animales. Los comemos cuando están muertos, pero no hace tanto tiempo que el hombre dejó de comerlos vivos. Después, hablé de antropofagia, habitual en los pueblos primitivos. Papá hizo una mueca de espanto y mamá me ordenó ir al dormitorio. No pude contener las lágrimas, las imaginé llenas de bacilos que contaminarían la comida. Supuse que las fetas de jamón eran de plástico, las de queso de cera y los espárragos de utilería. El comedor pareció poblarse de naturalezas muertas, rodeadas por microscopios que detectaban microbios.

Durante todo el día siguiente, mi hermano permaneció absorto, aunque yo sabía con certeza lo que pasaba por su mente. Me llevaba diez años, pero eso no era obstáculo para que intuyera sus sentimientos. No somos diferentes en ningún rasgo físico. Soy su réplica exacta, sólo que nací diez años después. Me enseñó a caminar y recuerdo cuando me iba a buscar al jardín

de infantes. Yo lo esperaba ansioso y me colgaba de sus hombros para que me llevara a babucha hasta casa. Tomábamos juntos el café con leche, mientras le arrebataba los panes con pan y manteca y dulce que me preparaba. También me ayudaba a colorear dibujos y a escribir las primeras palabras. Con amor de padre supo ponerme límites cuando me hacía la rabona y me escapaba a pasear con alguna chica. Fue él, y no mis padres, el que me explicó que las probabilidades de mi nacimiento habían sido remotas.

Los psicólogos adelantaron la imposibilidad de gestar gemelos humanos totalmente idénticos. Nuestras crianzas marcaron las diferencias psíquicas, lo que no impidió el desarrollo telepático entre nosotros y las analogías de personalidad. Por eso fui percibiendo, aunque trataron de escondérmelo, el deterioro físico que sufrió en los últimos meses. Ms padres me decían que Ernesto había viajado al exterior por trabajo. Su ponencia sobre "La nueva clonación de embriones humanos" había causado revuelo en Nueva York. Lo cierto es que ya estaba internado, su corazón latía con deficiencia.

Recordé nuestras charlas filosóficas. Mi hermano era biólogo y yo pensaba estudiar antropología. El fuego ardía los leños de la chimenea mientras hablábamos acerca de la aparente evolución del hombre. Le dije: Se progresó en lo tecnológico, pero allí el ser humano se ha vuelto contra sí mismo. En las artes ha involucionado. Mirá las esculturas de Miguel Ángel, inigualables hasta el día de hoy. En la música, ¿quién se asemeja a Beethoven o a Mozart?

Con su afecto habitual, Ernesto me dijo que el hombre había progresado desde la época de la esclavitud y la justicia primitiva de la Ley del Talión.

— Han cambiado las formas, pero el hombre sigue tan esclavo como siempre le respondí—. El látigo fue reemplazado por el dinero.

—No estoy de acuerdo —me dijo—. A través de los siglos mejoró. No es lo mismo el nivel social de la Antigua Grecia que la vida actual de ciertos países. El cambio de formas que mencionás no es una apariencia, es el reflejo de los nuevos deseos del hombre.

Yo me preguntaba si podía hablarse de progreso en la decisión que marcó nuestras vidas. Por esos días repasaba las noticias de los diarios de otra época. En 1993 el doctor Jerry Hall, de la Universidad de George Washington, obtuvo por primera vez hasta tres gemelos de un único embrión

humano. Al principio estos experimentos eran aceptados en las plantas y en los animales. Se utilizaban para multiplicar algunos ejemplares de granja: vacas, caballos y cerdos. Pero en este presente, llamado de segunda postmodernidad, es posible que una pareja tenga su banco de órganos. Tan común como comprarse una casa o un auto en cuotas.

Las leyes jurídicas, tan distintas a las sociales y morales, establecen que si me fugo seré penado con la muerte. Ya no es tiempo del garrote vil, ni de la guillotina o la silla eléctrica, pero existe un gas letal. Se inhala a través de un cigarrillo. Este suplicio me recuerda a la explicación que me daba el sacerdote del colegio: "Fue necesario que Cristo muriera crucificado para que pudiéramos salvarnos y vivir sin pecado original". También los psicoanalistas trataron de calmar mi angustia diciéndome que el yo de mi hermano y el mío serían uno solo.

Con el estricto control que existe es imposible que pueda reiniciar mi vida en otro lugar. En estos tiempos un antropólogo resulta sospechoso sólo por haber estudiado una ciencia que se ocupa del hombre. Un ingeniero, un veterinario o un arquitecto pasarían más inadvertidos. No sólo tendría que eludir a la policía, sino también al ejército que requisa las casas y los lugares de trabajo. Sería inútil que adulterara mis documentos o que me operara la cara. La gente nos delata porque siempre existe la posibilidad de que en sus familias aparezcan gemelos. Sólo alguno de mi condición podría ayudarme, pero estamos vigilados. Por último, debo confesar el verdadero motivo por el que no me doy a la fuga: Si bien quiero seguir viviendo, no deseo que mi hermano muera y menos por mi culpa. Me sentiría una mala persona. Quiero a mi hermano como a mí mismo, no sé si porque me enseñaron que éramos uno o porque así lo siento.

Hace rato que escucho los pasos de mis padres cerca de la puerta. En algún momento la abrirán para decirme que es tiempo de ir al sanatorio. Cuando entran veo que mamá llora y me extraña su sentimiento. Nunca me demostró cariño. Papá me cuenta lo que siempre supe. Conocida la enfermedad cardíaca de Ernesto, descongelaron mi embrión y lo implantaron en el útero de mi madre hasta que nací.

Mis padres me dejaron en compañía de una enfermera en la habitación del sanatorio. Al cabo de una hora, los veo entrar llorando. Papá me dice

que mi hermano murió porque le dio un infarto antes del trasplante del corazón. Pero yo sé que es mentira. Mi hermano falleció porque no soportó la idea de mi muerte. Habrá desconectado las cánulas por donde le iban a introducir los catéteres para abrirle las arterias. Se dejó morir como me dejaré morir yo, ahora que él no está, ahora que yo ya no estoy.

LA PRESENCIA DE DIOS[5]

Desde el mirador se veía una vertiginosa barranca, bordeada de álamos, eucaliptos y palmeras por la que se llegaba a las canchas de fútbol y rugby. Los pájaros volaban el paisaje que terminaba en las aguas barrosas del Río de la Plata. La apariencia de esos jardines era la de un paraíso. En medio de robles, sauces y canteros de rosas está la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, una rústica estatua de yeso, con los brazos extendidos hacia el cielo y su corazón sangrado y desprendido del pecho.

¡Dejar un brazo de distancia! ¡Por la cuarta baldosa! ¡Sin hablar! ¡Los dos primeros, apuren el paso!, ordenó a los gritos el hermano Ricardo, apodado la Laucha por lo delgado y peludo. ¡Están hablando! ¡Están hablando! ¡Se van a quedar en silencio en medio del patio, aunque el sol les parta las cabezas! ¡Izquierdo!, ¡derecho!, ¡izquierdo! Ahora sí, de frente. ¡March! Cantando a viva voz la canción del colegio:

"A un costado del Río de la Patria / El mástil juvenil de nuestra voz". ¡Más fuerte que no se escucha o se quedarán sin postre!, gritó la Laucha. "Clava en el aire una bandera de esperanza, que se abrirá mañana en una flor / Hoy martillamos el yunque de las aulas, el sueño azul de un porvenir mejor".

En cuatro filas, íbamos del patio central al comedor, dejando un brazo de distancia para evitar que los hermanos nos pegaran en las piernas con sus varas. Nos detuvimos frente a la extensa mesa de mármol, presidida por un enorme crucifijo que mostraba a un Cristo sufriente. Esperamos que el hermano prefecto agitara la campanilla y comenzara con la oración de acción de gracias: Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a recibir gracias a tu infinita bondad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Sentados.

Comíamos en voz baja y cada fuente era para seis alumnos. Yo me sentaba junto a cinco compañeros de mi año, charlábamos sobre fútbol, religión

y casi nada de chicas. Los primeros viernes de mes leíamos las Sagradas Escrituras. Ese mediodía, el hermano prefecto, bajo y morrudo, apodado Tapón, hizo pasar a Juan García Dietze. ¡Lea en voz alta el capítulo siete del Evangelio según San Lucas, gritó el hermano!

Tapón era cordial con los buenos alumnos. Cada tanto, nos daba charlas sobre pesca y cómo fabricar las cañas. La congregación tenía una residencia de vacaciones en la costa Atlántica, donde solían ir los veranos.

García Dietze comenzó a leer: "Y volviendo hacia la mujer, Jesús le dijo a Simón. ¿Ves a esta mujer? Es conocida en esta ciudad como una pecadora. Cuando yo entré a tu casa no me ofreciste agua para tus pies; ella por el contrario los mojó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos. Tú no me saludaste al llegar, ella empero, desde que entró no ha dejado de cubrirme los pies con sus besos".

De primer plato trajeron unas rodajas de salame con porotos, garbanzos y lechuga. Sobre la mesa de los hermanos había jamón crudo y cocido, tomates, aceitunas y un vino dulce igual al que usaban en misa. Mientras tanto, hablábamos en voz baja sobre las clases de religión. Nos parecía raro lo de las tres personas que eran una y también que por la macana de Adán y Eva estuviésemos todos condenados. ¿Qué teníamos que ver? Cuando sirvieron los tallarines con olor a lavandina, Buceta, el mejor jugador de fútbol del colegio, comentó que en su escuela anterior no hablaba de religión. Les diría a sus padres que lo cambiaran.

García Dietze continuó con la lectura: "Jesús iba recorriendo ciudades y pueblos predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Los acompañaban los Doce y también algunas mujeres sanadas por él de espíritus malos o de enfermedades. María, por sobrenombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios…"

¡Terminen! Vamos, muchachos, de pie, ordenó el Tapón, que como de costumbre tenía los cachetes colorados por el vino. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen, dijo el Tapón y grito: ¡Buceta!, no se lleve mandarinas al recreo. ¡En dirección al patio, dejar la distancia de las cuatro baldosas! ¡No romper filas hasta que lleguen al patio! ¡De lo contrario, los medio pupilos se quedarán después de hora a hacer cubos! Consistía en multiplicar varias veces una cifra, por lo general de cuatro o cinco números.

Con dos timbres cortos y uno largo terminó el recreo y quedamos en posición de firmes. A los pocos segundos, la Marcha de San Lorenzo ordenó formar. Al entrar al aula, la Laucha se subió a la tarima y se acomodó el babero blanco que le colgaba sobre la sotana negra. Agitaba sus manos y su voz aflautada se hacía grave cuando declamaba con fervor la jaculatoria:

¡Ave María Purísima!

¡Sin pecado concebida! —respondimos a coro.

Sentados, guarden silencio, se empujaron en la fila.

Habíamos cometido un acto de indisciplina. También lo era escupir en el suelo, estar mal formados, contestar a los profesores, desobedecer órdenes, preguntar cosas impropias, según los hermanos, llegar tarde al colegio, tener el cuaderno borroneado o con manchas de tinta, aplazos y malas conductas.

Mis buenos muchachos, la clase de religión de esta tarde, tiene por tema el libre albedrío. La posibilidad que tenemos los hombres de poder elegir entre el bien y el mal. Es decir: El amor de Dios o el pecado del demonio.

Levanté la mano con firmeza. La Laucha hizo una mueca de fastidio. Con algunos alumnos era compinche. Como dictaba geografía, le encantaba que le regalaran piedras y caracoles de mar o que le trajeran fotos de desiertos y selvas. Revoleó su sotana y se acomodó el babero. ¡Ya con preguntas! ¡Primero hay que escuchar, abrir bien las orejas y pensar varias veces antes de interrumpir!, gritó.

No le hice caso, estaba cansado de tantos sermones inentendibles. ¿Por qué siendo Dios tan poderoso nos creó con el libre albedrío? ¿No se imaginó que íbamos a pecar y perder el paraíso?, pregunté ante el asombro de mis compañeros.

La Laucha bajó desde la tarima y se acercó a mi pupitre. Debés pensar antes de hablar, me dijo. Lo que has dicho, no fue con mala intención, pero es una herejía. Hay que respetar los dogmas. Ve a confesarte con el padre Próspero.

Tuve ganas de contestarle algo, pero el castigo podría ser peor: venir el sábado a la mañana a hacer cubos. Otra penitencia era escribir cien veces no

debo hacer preguntas impropias a mi condición de cristiano. Bajé la cabeza y me fui a la capilla. Al pasar por el patio central, vi que el hermano director, un mofletudo bonachón que apodábamos Porky, convocaba a formar de urgencia. Esperé a los compañeros de los distintos años. Al rato, con la formación a pleno, Porky mostró su rostro desencajado frente al micrófono:

Hay algo que debéis saber, un hecho gravísimo, alumnos —vociferó—.

Han sacado la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y no sabemos dónde la han escondido. Saben, no quiero creer que ha sido un robo, un atropello, la imagen es un patrimonio cristiano —hizo un silencio y exclamó con entereza: —Avisé a la policía y me dijeron que iniciarán la investigación. Buscamos por todo el colegio y no la encontramos. Si es una broma, les advierto alumnos, voy a ser muy duro con el castigo.

Las chicas se movían sensualmente alrededor de la barra. La música rock parecía formar parte de esos cuerpos enjutos, con vestido largos y escotes hasta la cintura. Festejábamos la despedida de soltero de Juan García Dietze. Ni bien entramos, él la trajo a la mesa. Me dijo que se llamaba María. Vi su figura imponente y el escote que se abría mientras sus manos acariciaban mi nuca. Se sentó sobre mis piernas, me besó y me invitó a bailar.

—¿Sos amigo del que se casa?

—Fuimos compañeros de colegio diez años atrás.

—Bailás bien.

—Sos mona, a tu cara le pongo diez puntos. ¿Trabajás de modelo?

Posé para revistas, pero no soy fotogénica. Prefiero trabajar en el boliche. Los dueños son buenos y me protegen.

Después de tres discos nos fuimos a sentar.

—Hay mucha guita en esto, sabés. Vos me caes bien. Me dan ganas de hablar. Trabajo hasta las cinco de la mañana todos los días menos los lunes. Me casé de piba, tengo una nena de siete años y al padre se lo tragó la tierra.

Yo la dejaba hablar. Terminamos de tomar el chmpagne.

—¿Pedimos otra, muñeco?

—Dale. Es tu laburo —me dio un beso en la boca—. ¿Cuánto cuesta salir con vos?

—Cincuenta.

—¿Dólares?

—No, Pichón, cincuenta garrotes.

—Es demasiada guita para mí, pero los valés.

Volvió a sentarse en mis piernas.

—Me caés bien. En la cama debés ser un fenómeno. ¿No, Pichón? Nos están mirando los patrones. Quieren que concretemos, pero vamos a puentearlos. Pasame a buscar por la esquina a las cinco y cuarto. No te vas a arrepentir. ¿Algo de plata tenés, ¿no?

Después de escuchar un poco de música y bailar con otras, llevé en mi auto a dos de mis amigos hasta su casa. Cuando se hizo la hora la pasé a buscar. Ella eligió el hotel y no le puse ningún reparo. "Por lo menos las sábanas parecen limpias", pensé. El cuarto, iluminado por unas bombitas de colores era de una total cursilería. Frente a la cama, un cuadro con la cara de un payaso llorón y en cada mesa de luz un jarrón con flores de plástico. Además, un viejo armario. María, en cambio, me resultaba monísima. Al sacarse el vestido, me pareció más despampanante. Nos acariciamos largo rato. Hacía el amor con profesionalidad, se movía demasiado y gemía más de la cuenta. Cuando terminamos o terminé yo, nunca se sabe en estos casos, me habló de su hija, del departamento que quería comprarse y de la posibilidad de ser vendedora. Me contó de sus hombres y yo le conté algo de mis mujeres. Dijo que conmigo sentía algo distinto. Era joven y pintón. Me dijo que había una promoción hasta las once de la mañana, me haría precio, yo era sensacional. Traté de no engancharme. Pensé que a todos les diría lo mismo. Le respondí que me gustaba y nos quedábamos.

Cuando Porky terminó su discurso fui a confesarme. En el trayecto pensé en el robo de la imagen del sagrado Corazón de Jesús. ¿Quién habría sido? ¿Adónde la habían llevado? Desde que ingresé al colegio me intrigó esa imagen de yeso, con el corazón lleno de sangre y arrancado del pecho. Me disgustaba el rostro de Jesús cargado de aflicciones y su mirada severa. Entré a la capilla y me propuse olvidarme del tema. Estaba dispuesto a hacer un examen de conciencia y pensé en lo que me había pasado con la Laucha. No me sentía culpable, le comentaría lo sucedido al padre Próspero, tratando

de acercarme lo menos posible. Su aliento apestaba, sufría de hidropesía. Los pupilos lo llamaban Upa, tenía la panza hinchadísima como el personaje de la revista Patoruzú. Yo no quería correr riesgos: El Colorado Reston, un pupilo peleador y boca sucia, comentaba que en una de las confesiones el Upa le había eructado en la cara.

Mientras estaba en la cola del confesionario, pensé en las faltas que podría haber cometido. Siempre repetía los mismos pecados veniales y me daban idéntica penitencia. Desobedecí a mis padres, me peleé con mis hermanos o con algún compañero, olvidé de rezar antes de dormirme, tomé agua o comí un sándwich sin esperar las tres horas antes de comulgar y cuando me quedaba a dormir en lo de mi tía soltera la cosa empeoraba. Nos levantábamos el domingo a eso de la once y me llevaba al río o andar en bicicleta. La misa brillaba por su ausencia y mi tía y yo estábamos en pecado mortal. ¿Pero qué tipo de pecado era la pregunta que le hice a la Laucha? Habló de herejía y de dogma, seguro que más que un pecado mortal era un sacrilegio. Según los hermanos, si moría en pecado mortal iría derechito al infierno, a no ser por el escapulario de la Virgen del Rosario que me salvaba enviándome al purgatorio. Había que estar prevenido, siempre me ponía debajo de la camisa el paño con la imagen de la Virgen.

Finalmente me llegó el turno. Me persigné y me arrodillé manteniendo la debida distancia. El Upa estaba sentado y yo en un reclinatorio. Nos confesábamos cara a cara sin las rejillas que hay en los confesionarios.

¿Cuánto hace que no te confiesas?

Dos semanas, padre.

—¿Ya haces cosas indignas con tu cuerpo?

No entiendo, padre. Yo vine porque me mandó el hermano Roque. Le pregunté por qué siendo Dios tan poderoso no se imaginó que íbamos a pecar y perder el paraíso. Tengo dudas. El hermano me dijo que yo había cometido una herejía.

Tiene razón el hermano Ricardo, pero es comprensible a tu edad. Recuerda: la duda es la hija de todos los males. No hay que cuestionar lo que te enseñamos. Podés perder la fe en Dios y en la religión.

Hay cosas que no entiendo.

Note desesperes. Los principios cristianos son una cuestión de fe. Escucha y acepta, así te ganarás el cielo. No se trata de entender, hijo mío. Yendo a las cosas de tu edad. Dime, no tengas vergüenza, ¿tienes pensamientos libidinosos?

¿Li bi di qué?

Si te masturbas, si tocas mujeres, si las deseas, si piensas en ellas, si fornicas, si eres impuro.

No, no padre.

El padre Próspero no se daba por vencido. Me seguía preguntando por los malos pensamientos y el sexo que encarnaba el demonio. Le dije que no pensaba en esas cosas. Sólo me creyó cuando le dije que era presidente de la Congregación del Niño Jesús, por eso evitaba pensar en las chicas y prefería jugar al fútbol. Me respondió, rozándome con su mano derecha la mejilla, que le parecía bien. Debía seguir practicando deporte y leer el Nuevo Testamento, el Antiguo era más para los judíos. Enseguida me aclaró que la mujer con la cual contraría matrimonio debía parecerse a la Sagrada Virgen y a mi querida madre. Las mujeres de la calle eran para los que no creían en Dios. Tenía que mantenerme puro hasta el casamiento y sólo tener relaciones para tener un hijo. Me absolvió en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Me dio de penitencia diez Padrenuestros, cinco Ave Marías y tres Credos por el perdón de mis pecados. Para finalizar me dijo que me fuera en paz.

Durante la madrugada, María volvió a decirme que conmigo sentía algo distinto, podía hablar y quería volver a verme. Me dijo que le diera la plata que pudiera, que la recuperaba con otros clientes. En un año, dándole fuerte, se compraría un departamento. Yo no le creí del todo lo que me dijo, no quería engancharme, pero ella había logrado que me sintiera bien.

La luz del día nos despertó, tenía ganas de quedarme con ella, me gustaba. Se hacía tarde y yo entraba a trabajar después del almuerzo. Le pedí ducharme primero o que lo hiciéramos los dos juntos. Ella se quedó dormitando en la cama, su cuerpo desnudo se deslizaba entre las sábanas, resistiéndose a abrir los ojos. Tal vez pensaba que tenía pocos clientes como yo.

¿O a todos les diría lo mismo? No me importaba, la había pasado muy bien. Cuando volví del baño se levantó y la vi mirar la mesita de luz con las flores de plástico y el cuadro del payaso llorón. Mientras me terminaba de secar, buscó en su cartera un espejo de mano y empezó a maquillarse. Luego se puso su escotado vestido largo y se entretuvo pintándose los labios. Al buscar la ropa que había colgado sobre la silla, vi sobre el armario una pequeña imagen del Sagrado Corazón de Jesús, con sus manos extendidas. Ahora su rostro me resultó comprensivo y dulce. Me asombré, pero pensé que estaba mucho mejor en este lugar que años atrás en el colegio. Su semblante parecía aliviado y sus ojos me miraban sin aflicción. Me acerqué y me quedé un rato observándolo. Después caminé hacia la ventana y divisé a unos pájaros que posaban en el follaje de los álamos. A lo lejos, las aguas barrosas del Río de la Plata se fundían en la extensión del cielo.

LAS FURTIVAS ESPUMAS DE MAR[6]

Veo una serpiente que se enrosca en mi garganta, una tierra rojiza, hendida por un sol vertical donde caminaban mis pasos y un verdor selvático incrustado en mis ojos. A veces, cuando fijo la mirada en un tiempo lejano, distingo entre brumas un cuerpo de mujer cegado por el odio y escucho aturdido el lamento de los esclavos.

Con los años he tratado de olvidar estos hechos. Recuerdo imágenes felices: unos labios besándome a la orilla del río; las caricias entre el aroma de los pinos y más atrás, los ideales que me mantuvieron vivo.

Creo que fue Juan Espil, un monje, de cabeza calva y sotana blanca, de la que colgaba un crucifijo de madera, el que vino con la noticia: había llegado Mercedes Heredia. Algunos estaban jugando a las cartas y otros ordenando los libros de la biblioteca. El tiempo es tan extenso aquí, tan inmensamente gris que hasta la muerte parece llegar despacio, como esas carretas desvencijadas que a paso de hombre entran en los pueblos.

Cuando me enteré de que Mercedes había muerto de un ataque al corazón, pensé que era inútil ir en contra del destino. Por algún motivo que aún el hombre no ha descubierto, debía morir en aquella fecha, en ese lugar, por las causas previstas.

Mi intención es contarles cómo me siento y no engañarlos. Es la primera vez que les escribo, quise hacerlo antes, pero la nueva circunstancia, las lecturas y los relatos de los que llegan me lo impidieron. Lo primero que les va a llamar la atención es que al no sentir cansancio no necesito dormir. Por las noches, existen como allá las noches, aunque a veces duran varios días y carecen de estrellas, aprovecho para leer. Hay bibliotecas, pero sólo figuran en los estantes los escritores muertos. Al no dormir no puedo soñar. Yo soñaba con tantas cosas: un amor que avanzaba como un firme navío por aguas veloces. Unas manos desnudas que abrían a los aires unos signos que también eran lirios. Allí veía el mundo y podía imaginar cambiarlo, hacerlo más justo.

Aquí no hay penurias, pero me duele contarles que nunca he visto ni escuchado el sonido del mar, ni el rumor del viento, ni el sosiego del inocente. Tampoco escuchamos la tempestad, ni los huracanes, ni la soberbia del culpable. Hace poco que estoy, pero prefiero la tierra. Aunque este ámbito parece perfecto: la contemplación de las esferas celestes, las computadoras que responden todo tipo de preguntas, la vida sin apremios y las majestuosas tumbas donde están enterrados los sufrimientos. De eso se trata; necesito sentir la decepción que permite llegar a la paz después de haber superado lo que nos perturbaba. Avanzar por el camino de piedras que debemos sortear como en un combate.

Espero que esta carta les llegue, aunque sé que es una esperanza inútil. Nunca recibí en la tierra noticias de un muerto.

En este lugar sólo existe el bien, y, por lo tanto, el incentivo mayor del hombre que es combatir el mal, está ausente. Tengo ganas de sentir el amor, la ansiedad, el odio y todo aquello que ustedes están viviendo. Si tan siquiera estas autoridades, lo que es una abstracción ya que nunca escuché en boca de nadie la palabra gobierno, nos pusieran a prueba y nos tentaran con el fruto prohibido, romperíamos esta paz propia de los muertos; volvería a sentir la duda, la traición o la venganza. Podría elegir entre el vuelo de las aves o las rejas.

Una noche, mientras estaba leyendo −mi consuelo es leer las historias cotidianas de la vida, donde se goza y se padece −Federico Irizar, un guerrero de espesa barba, se animó a proponerme lo que queríamos todos: escapar.

— Pero cómo, adónde, le dije—. Ellos deben tener todo planeado, seguro que están escuchando esta conversación. Además, si lográramos fugarnos, produciríamos en la tierra un conflicto sin precedentes. Sin la esperanza del paraíso, tal vez el hombre se torne más perverso, menos idealista.

— Puede ocurrir lo contrario, afirmó Federico—. Quizás nuestro relato lleve al hombre a mejorar su condición en la tierra y anule las ideas de un edén perfecto. Sabría que es mejor vivir en el mundo que escuchar el silencio del espacio.

— ¿Quién te dijo que estamos en el espacio? le contesté— Las esferas que divisamos pueden ser meros espejismos. A lo mejor nos encontramos en las profundidades de los océanos. Vos hablás de escapar y parecería que dijeras la palabra nacer. Volver a la vida, a ensuciarnos la cabeza con la sangre, a empuñar las lanzas, a reír, a besar los labios de la mujer amada. Pero lo peor que nos podría pasar es que nos trajeran de nuevo. Morir se muere una sola vez, aunque pensándolo bien de eso tampoco estoy seguro.

Hace tiempo que las noches no terminan, quizás ellos se enteraron de nuestros planes. Juan Espil habló con Mercedes Heredia, pensamos que siendo una de las últimas en llegar podía saber algo más. Ella da una visión aterradora de la tierra y pretende desalentar nuestra fuga. Dijo que el hombre se autodestruye día a día, mencionó la pólvora y los misiles. Sabíamos por otros que las armas no son lanzas ni espadas; con sólo mover una perilla desaparecen ciudades enteras.

Hoy amanecimos con esperanza. Un joven que llegó ayer, de tez amarilla y oblicuos ojos negros, nos dijo que el relato de Mercedes ya es parte del pasado. Ahora el hombre no guerrea y convive en armonía. Esta circunstancia y la claridad, que después de un prolongado tiempo sobrevino en la atmósfera, nos llevó a partir esta madrugada. Temo que nos sigan e interroguen a los que no se animaron a venir. El tránsito se hace difícil, estamos bajo una densa neblina y soportamos los remolinos de viento. Tardamos en avanzar porque nos topamos con unos hombres, parecidos a los que poblaron la tierra unos milenios después del primer Cristo. Temí que nos mataran, pero sólo nos dijeron que no continuáramos. Luego, el camino se hizo escarpado, con pendientes abruptas que rodeaban un cráter en donde ardía el fuego.

Muchos emprendieron el regreso. Otros, seguimos adelante. Por un largo tiempo el sendero serpenteó en medio de las ciénagas hasta que lentamente mejoró. Nos alegramos cuando vimos, todavía a distancia, unos terneros que pastaban en el verdor de una llanura surcada por un río. Al llegar a ese llano, Juan Espil esgrimió los argumentos por los que nos habíamos salvado del infierno: He pasado casi toda mi vida en un monasterio. Traduje al latín, con esmero, extensos fragmentos de las Sa-

gradas Escrituras y de las travesías marinas de los que fueron al Nuevo Mundo: tierras inmensas pobladas por salvajes, ornados de pieles y metales preciosos que alentaban la codicia de los conquistadores. Oré todos los días de mi vida para que Dios nuestro Señor librara del mal a los perversos. Me flagelé en ofrenda de salvación por los pecados cometidos. Jamás toqué a mujer alguna y si la deseé, luego me arrepentí, ofreciendo mi sufrimiento a la Virgen. Di de comer al hambriento y abrí mi corazón a los que tenían sed de justicia. No he sido un santo, pero estoy seguro de no haber merecido el infierno. Si pese a ello Dios me ha condenado, reniego de él. Pero como Dios nos ama y es infinitamente bueno, creo que ésta es una prueba más que nos pone. Hace un rato hemos visto de lejos el infierno, pero no fuimos tan pecadores como para que nos devorase el fuego. Ahora estamos en el purgatorio. Recuerdo haber tenido envidia de mi hermano Luis, el herrero, y no haber amado lo suficiente a mi padre que murió en las Indias. Por lo demás, he tenido pecados veniales.

Ni bien el monje calló, Federico Irizar, quien vivió en un reino, de unos cuantos milenios después del segundo Cristo, expuso los motivos por los que estaríamos en el infierno, a pesar de la bonanza del paisaje y la ausencia de las llamas. He luchado en demasiadas batallas contra el mal, tratando de desterrar las injusticias, en encarnizados combates que terminaron con muchas vidas. Sé que Dios no me perdonó porque no me arrepentí lo suficiente. Creí que a través de la guerra justa conquistaríamos a los infieles e implantaríamos el reino de Dios para toda la humanidad. Luché por llevar adelante mis ideales, como lo hicieron mis antepasados. Dirán que no tuve piedad con el enemigo. ¿Alguien puede exigirnos justicia ante él? En los momentos de paz estudié la historia bélica de la humanidad, la formación de los ejércitos de distintas épocas, la pólvora que desplazó al acero, los fusiles, las ametralladoras, los aviones, las bombas y las guerras mundiales. También en mi vida privada he tenido virtudes y desaciertos. Hice feliz a varias mujeres y desdichadas a otras. ¿Quién ha podido brindar siempre felicidad? Si estoy en los infiernos, eso creo, no me arrepiento de cuanto hice o dejé de hacer en la tierra. Dios es injusto porque valoró más mis desaciertos que virtudes, o tal vez fue derrotado en la batalla final por un poderoso demonio.

Fray Bartolomé, un joven con rostro de niño y vestido con una túnica blanca, dijo que estábamos en el cielo. No quieren convencerse, por más que estén muertos mantienen la duda. Al alma del hombre le gusta estar insatisfecha. ¿Por qué siempre buscan otro paraíso? ¿No es suficiente formar parte de un mundo armónico? Estoy con ustedes para hacerlos reflexionar. Tienen que ser como los ángeles que obedecieron a Dios. Si no se convertirán en demonios. Alejen el espíritu de todo cambio. ¿Por qué quieren modificar lo que Dios ha querido para nosotros?

A esta altura, el grupo estaba desorientado. Algunos querían volver, otros seguir la búsqueda. Inesperadamente Mercedes se separó de la multitud y caminó unos pasos hacia adelante. Su aparición me sorprendió porque pensé que se había quedado. Había algo en ella que me intranquilizaba. Era una mujer de tez aceitunada y cabello negro que le caía hasta los hombros. Sus ojos verdes me perturbaban, me retrotraían a un espacio olvidado. Mirándola volví a sentir el aroma selvático de los palmares, el chisporroteo del agua partiendo la tierra escarlata y el canto de los pájaros.

Mercedes fijó sus ojos en mí. Luego dijo: No me cabe duda de que estamos en el infierno. Abrí la tapa del canasto, vi la serpiente que se acercaba a tu cuerpo y se enroscaba en tu garganta. El veneno te condujo al sueño. Ocurrió una noche, en un minúsculo pueblo, al noreste de un virreinato. Por esos años la crueldad del blanco era la ley. Fui tu mujer por amor y voluntad. Por lujuria y barbarie, algunas noches, fui poseída por el Adelantado de turno. Busqué en vos el consuelo a tanta mezquindad. Soporté durante años tu indiferencia y desamor. No pude resistir, ni dejarte, ni seguir insistiendo para que volvieras a amarme. Esa noche, la serpiente de anillos dorados se apoderó de mis acciones. Ahora, pago mi culpa como la estás pagando vos y esos hombres de armadura y crucifijo que trataban a los indios como animales. Cuando no se puede tener lo que se quiere, se lo destruye.

— Fantasías, puras fantasías — gritó una anciana diminuta—. Estamos vivos, nunca hemos muerto. Tal vez somos los sobrevivientes de alguna de las últimas civilizaciones. Los relatos que escuchamos son por la necesidad de creernos en el cielo o en el infierno. Aceptemos la realidad. No es que ya no podamos gozar, ni sufrir, ni amarnos, ni soñar. Quizás, después de que el hombre vivió durante miles de años todos los sentimientos, arribamos

en la actualidad a esta abstracción. Seres que, por cansancio, o por milenios de perfeccionamiento, llegamos a este estado. Nos hemos convertido en lo contrario de lo que es el hombre. Volvamos a aquello que nos hizo sentir vivos. No cometamos los mismos errores de crueldad e injusticia que he relatado. Construyamos una civilización para todos.

Sus palabras produjeron una unión que hasta entonces no habíamos sentido. Me aparté y caminé unos pasos para aclarar mis ideas. Sólo se escuchaba el fluir del río bajo una atmósfera profundamente azul oscura y despoblada de estrellas. Entonces tuve mi primer sueño. Estaba en mi pueblo, yo era un soldado de la Corona de Castilla. Gracias a los jesuitas había aprendido a leer, a conocer los Santos Evangelios y a labrar la tierra rojiza. Había regresado a mi choza luego de encontrarme con mi amante, una mujer de cutis blanco como la espuma del mar, de cabellos rubios y largos semejantes al mascarón de proa de la carabela que me trajo de Europa a América. Su cuerpo me resultaba irresistible y su boca era un relieve de sensualidad. Despuntaba el amanecer, los gritos de los esclavos y de un grupo de prisioneros que capturaron mis compañeros no eran más que un trágico cántico cotidiano. Ahora comprendo que la cruz y la espada eran forjadoras de una existencia malvada. Había hecho el amor con la mujer blanca, pero mi cuerpo seguía insatisfecho. Corrí hasta la puerta de mi choza en donde vi a Mercedes en el catre, desnuda y extendida de espaldas. Pensé que estaba dormida, ahora sé por su relato que me esperaba y simulaba dormir. Me acosté junto a ella sin hacer ruido y vi una serpiente que se enroscaba en mi garganta. Sentí frío y después un calor venenoso que me llevó a ver entre tinieblas los labios de la mujer de cabellos rubios besándome en la orilla del río.

Luego, volví a soñar. Esta vez, yo estaba ordenando los libros en la biblioteca, cuando Juan Espil vino con la noticia: había llegado Mercedes.

Después de este último sueño comprendí lo que sucedía. Es imposible discernir el mundo de la vigilia del orbe del sueño, como no se puede distinguir el pasado, el presente y el futuro. Todos estos tiempos son aquí, en este llano ahora cubierto de estrellas, simultáneos a mis ojos. Comprendí que nunca terminamos de saber dónde estamos y quiénes somos. Nuestra identidad se forma a través de toda una vida, tal vez de varias, o quizás no

termine de conformarse nunca. Recordé los distintos argumentos y cada uno de ellos me pareció válido. Pensé que el cielo, el infierno y el purgatorio eran estados que se sucedían a lo largo de nuestra vida. He descubierto la eternidad lentamente como lo hacen las furtivas espumas del mar que acarician la playa y retornan una y otra vez con las aguas.

LA ILUSIÓN DEL MAR DULCE[7]

El río del poblado, esa ilusión de Mar Dulce, anegaba las chozas de lodo y arrastraba los alaridos y cantos de guerra. Hubiera querido cabalgar sobre la llanura que se extendía más allá de la costa, blandir la espada, colocarse la coraza y subir la visera del yelmo. Levantarse del catre o de la silla de manos y correr con Soledad hasta los navíos fondeados en el río castaño e inmóvil, tan distinto a las aguas azules del Mediterráneo y del Atlántico. Desplegar las velas y escapar de esas Indias malditas, pero un doble cerco de muerte lo atrapaba: el pus de los chancros y las flechas incendiarias que iluminaban la muerte de los soldados.

Postrado en su cama de la casa mayor, el Adelantado don Pedro de Mendoza se estremecía de dolor. Estaba escuálido, los ojos hinchados y la mirada turbia. Sólo lo calmaban los paños de agua caliente que le aplicaba la mujer de piel cobriza. Mendoza no perdía la esperanza de que alguien encontrara el vegetal milagroso que le devolvería la salud. Tiempo atrás, cuando la enfermedad no estaba tan avanzada, se sumergía en los pechos de la mujer que lo había embrujado para bien, aunque el fraile Mateo le había advertido que la india no era un ser humano. La Santa Inquisición les previno a Cristóbal Colón y a otros conquistadores: Son criaturas que sólo sirven para el remedio de la concupiscencia. Su Señoría, apártese de la infiel, vuelva con la señora María o con Isabel Guevara.

Durante la travesía de las trece naves que zarparon de San Lúcar de Barrameda, don Pedro calmó su sexo con la ilustre María Dávila y alternaba con las mujeres de vida alegre que los conquistadores llamaban "enamoradas". Pero por la india, a la que puso de nombre Soledad, sentía un amor profundo, quizás inentendible para un guerrero que combatió en Italia a las órdenes de las fuerzas imperiales y participó del saqueo de Roma. Con el título de Adelantado y Capitán General, que le otorgó el emperador Carlos

V, Mendoza se internó en el mar para buscar la "Sierra de la Plata". Cruzó el océano, donde naufragaban los dioses de las mitologías, junto al Dios de los cristianos, de los expedicionarios, los piratas, los ladrones, gente sin oficio, aventureros e hidalgos ávidos de oro y plata. Pero al arribar y construir el pequeño poblado, rodeado de un muro de tierra y estacas, la vida se tornó en un infierno. Al hambre le siguió el acecho de los indios.

Un día, harto de sentirse prisionero de la enfermedad y los salvajes, el Adelantado ordenó que lo llevaran en la litera más allá del límite impreciso que unía el poblado con el río. La tierra que esperaba la conquista. Al adentrase en la llanura vieron a una india. Lejos de la toldería, miraba el amanecer donde unos patos salvajes sobrevolaban el horizonte. Sabía que los dioses blancos podían atraparla, pero estaba cansada de encerrarse en una fracción de tierra. De pronto, un ruido desconocido la inquietó. Se quedó inmóvil cuando los dioses la tomaron prisionera. Un soldado la corrió, la tiró al suelo y le ató las manos. Sintió miedo, pero el Adelantado ordenó que no la maltrataran. Quedó impactado por la mujer desnuda de cabello renegrido y largo hasta los muslos. Al llegar al poblado la poseyó con violencia sobre los cueros y las pieles de la casa de barro. La india estaba acostumbrada al erotismo rústico, pero en las torpes caricias de Mendoza sintió ternura. Vio las heridas en la cabeza, en el vientre y en las piernas. Se compadeció y le lamió el cuerpo como ninguna mujer lo había hecho.

Al principio se comunicaron con gestos. Si hubieran hablado el mismo idioma no se habrían entendido tan bien. Poco a poco, don Pedro logró enseñarle algunas palabras. Aprendió a nombrar los caballos y las vacas; la coraza de hierro, los guanteletes y la espada. También añoraba su idioma y la vida de los indios. Pensaba en sus padres, ya mayores, y en sus hermanos. Recordó los pajonales que surcaban la costa donde los ojos de los jaguares y los pumas brillaban como luciérnagas. Las barracas que abrían paso a la llanura bordeada de sauces. El Adelantado la adornó con perlas falsas y atuendos de las "enamoradas", ante la envidia de María e Isabel. Le enseñó a usar peinetones, a dosificar los gestos, y soñó convertirla en una dama de Castilla. Ella aceptaba en silencio, lo bañaba en tinajas de agua hirviente, le curaba las heridas con brebajes e iluminaba la habitación con ceras destellantes.

Con los meses, ella le enseñó el nombre indio del sauce, el algarrobo, algunos pájaros y los dioses. Le dijo que se llamaba Luna Nueva. Él intentó sin éxito enseñarle algo de cristianismo. Ella prefería reverenciar a la luna y al sol. Se negaba a adorar al Dios crucificado.

El hambre se hizo intolerable: los castellanos comían ratas, perros, gatos, cueros de cinturones y galletas podridas. Los indios quemaron varias naves ancladas en el río y acrecentaron los ataques. Los soldados se turnaban en la precaria muralla con los arcabuces, ballestas y pequeños cañones. Pedro de Mendoza, con los ojos y los labios inflamados por la fiebre, ya no podía contar los días. Se le había profundizado la corona veneris; la cabeza parecía comida por gusanos. A tientas, se retorcía de dolor, le ordenó a uno de los soldados que le trajera al fraile Mateo. Había tomado una decisión. Antes de que fuera tarde, antes de que la enfermedad o el hambre lo llevaran al infierno. ¿Pero no era Santa María del Buen Ayre el mismísimo infierno, donde su hermano Diego había sido asesinado por los querandíes? "Mi Dios, cuándo volverá Irala con comida y piedras preciosas. ¿Cuándo llegará la nave Santiago, con municiones y alimentos? Judíos que hicieron matar a Osorio en Río de Janeiro y ahora mueren como chinches".

El soldado, haraposo y hambriento, fue en busca del monje. Mateo interrumpió la tertulia con el fraile Luis de Miranda. Era menudo, se ajustó el cinto de la sotana que le quedaba grande y se calzó las sandalias. Se apersonó en la casa mayor y se persignó ante Mendoza, que pedía por la india. Ella había desaparecido. A ambos lados de los aposentos, un par de esclavos negros y unos guardias, chupaban cueros hervidos.

— Ordeno que me case con Soledad —gritó Mendoza tratando de levantarse del catre. El olor de los chancros era más fuerte que el de las medicinas y los ungüentos.

—No me pida un sacrilegio. Bien sabe, Excelencia, que los salvajes no tienen alma —afirmó Fray Mateo.

—Ella me cuida, lava mis heridas y soporta mi sífilis —no pudo incorporarse, se extendió en la cama y apoyó la cabeza en los almohadones—. ¿Dónde se ha metido? Hace días que no la veo. Dile a Ayolas y a Leiva que la busquen. Traidores, ¿no se las estarán tumbando ellos o el mismísimo

Miranda en el rancho de las enamoradas? Juro que los ahorcaré en la Plaza Mayor.

— Entre en razones, Su Señoría —Mateo caminaba en derredor del aposento, levantaba las manos y cada tanto aferraba el rosario—. Los indios y los esclavos no tienen conciencia de sus actos. Ya supo usted de Bartolomé de las Casas en la Española y en Fernandina. Es imposible convertirlos al cristianismo. Carecen de entendimiento —sentenció el fraile y elevó los ojos al techo.

— La amo, nos casarás y la nombraré capitana de la Orden de Alcántara.

— No puede amar a una infiel —Mateo se apretaba las manos—. Ella morirá y desaparecerá para siempre.

— ¿Quién me asegura que no desapareceré también? —estiró su brazo derecho, arrancó el rosario que colgaba de la sotana del fraile y bramó—. ¿Acaso nuestro Señor Carlos V, o el mismísimo Papa, pueden probar la resurrección de la carne?

— Las cuestiones de fe no se prueban —el fraile, con fastidio, recogía del suelo las borlas del rosario—. La Santa Iglesia asegura que Su Señoría resucitará en carne y alma como todos los cristianos. No así la hereje.

— ¡De qué me sirve volver con este cuerpo inmundo! ¡De qué me sirvió haber fundado este poblado en tierras salvajes, lejos del oro y la plata!

— La voluntad de Dios no se explica con razones terrenales —Mateo se arrodilló ante el rostro cadavérico de Mendoza y le puso la mano sobre la frente hirviendo—. Vuestra alma es inmortal, Excelencia, contemplará a Dios por los siglos de los siglos.

— ¡Eso ocurrirá cuando me muera, fraile del demonio! Ahora quiero a Soledad —vociferó—. Deme agua, no puedo más—. Los esclavos le acercaron un copón. Bebió hasta saciarse y les pidió que le trajeran más en una tinaja. Lo ayudaron a levantarse del catre. A manotazos se lavó la cara y la barba crecida. Se palpó el rostro huesudo y lánguido, ardía de fiebre, se volvió a recostar—. Tráiganla o los haré decapitar. Traidores, ya no obedecen mis órdenes.

Fray Mateo meneó la cabeza calva, se arrodilló, lo bendijo y se fue.

—Te colgaré como a un asesino —vociferó Mendoza con ira. Estaba exhausto, se retorcía como si el demonio se hubiera apoderado de su alma. La

fiebre lo hacía desvariar, maldijo los soldados, los indios y la aldea. Después se durmió. Vio la piel cobriza, tersa y excitante de Soledad o de Luna Nueva, como había aprendido a llamarla.

A medianoche, se despertó bañado de sudor. Tenía la boca reseca y los labios deformados. Se tiró del catre, a tientas y en cuatro patas buscó la jarra de agua. Bebió como si hubiera cabalgado por el desierto durante horas. Los chorros se escurrían por la barba encrespada y sucia. Luego, siempre como un reptil, tanteó los objetos de la habitación: platos vacíos donde refulgían los escudos heráldicos. Tapices con los emblemas de la Orden de Alcántara y de Santiago. Una mesa de madera con cartografías, Los Evangelios, planos de los solares de la Santa María del Buen Ayre, la Plaza Mayor, los conventos, la capilla, los establos, los potreros, la tierra indócil, y un par de monedas de plata. Sus manos hurgaban todos los rincones. Su olfato buscaba un hedor de hembra. Una mujer que ahora lo besaba y le traía sosiego. Le apretó los pechos, colocó sus labios entre las piernas, la hizo gemir y hablar. Era María Dávila. A los gritos la echó de la casa y pidió por Luna Nueva. Recordaba sus ojos color del río, la piel cobriza como el de un potrilla salvaje, el vientre húmedo y las caricias. Otras indias, al verle las llagas, se habían resistido y trataron de escapar.

Agotado por la espera, maldijo a Ayolas, a Leiva, a los frailes y a los traidores que no cumplían órdenes. Volvió a acostarse en el catre. “Es mejor cerrar los ojos y descansar. Qué estoy haciendo en estas Indias hostiles, lejos, tan lejos de mi reino y del oro y la plata”.

Los indios aprovechaban la noche para acercarse y arrojar las flechas incendiarias. Escuchó gritos y los tiros de los arcabuces. Cómo le hubiese gustado levantarse y combatir como lo que era, un Capitán General de la Corona de Castilla, y no un enfermo a la espera de la muerte. Después, la fiebre y la sífilis lo sumieron en un sueño profundo.

Al amanecer, cuando terminaron los ataques, lo despertó el fraile Mateo. Se paró firme, rosario y crucifijo en mano y le dijo: Soledad ha muerto de sífilis. Mientes, qué han hecho con ella, traidores, contestó Mendoza. Rece, Señoría, Dios le devolverá la salud, dijo Mateo y se pasó la mano por la calva, lo bendijo y se fue. De inmediato, María Dávila e Isabel trataron de consolarlo con caricias y halagos, pero fue inútil. El Capitán

General insultaba y ordenaba que le trajeran comida. Imaginó faisanes, pollos y terneros. Los esclavos le acercaron el cuero de una culebra que escupió. Pensó en volver al Viejo Mundo. En secreto mandó a preparar una carabela y aclaró que iría a Brasil a buscar víveres. A poco de embarcar en la nave Magdalena se sintió morir. Se acordó de las caricias de Luna Nueva. También de las batallas que ganó y de su distinción real como conquistador y adelantado. Recordó la aldea, casi destruida por el hambre y el fuego de los indios. Supuso y deseó una segunda fundación. Imaginó que, con los años, los castellanos exterminarían a los infieles y reinaría la prosperidad. A los pocos días murió, su cuerpo fue arrojado a un mar azul, imperial como su yelmo y la espada. Lejos, muy lejos, del Mar Dulce.

Al tiempo de haber zarpado Mendoza, el fraile Mateo, María Dávila e Isabel pidieron a Ayolas que condenara a Soledad. Hay que quemar a esa bruja como lo manda la Santa Inquisición, pidió Mateo y deslizó los dedos por su cara lampiña. La india permanecía en una celda, hambrienta y sifilítica.

Antes del amanecer, el asedio de los indios recrudeció. Lograron vencer la resistencia de los guardias apostados en la muralla de tierra. Ardían los toldos y los techos de paja. Algunos hombres y mujeres intentaron huir.

Entre alaridos salvajes y fieles, entre los dardos y las rústicas lanzas, caían los hidalgos, soldados, mujeres y frailes. Una flecha envenenada dio en el pecho de uno de los soldados que custodiaba la celda de los prisioneros. Los otros dos ya estaban muertos. Los cautivos derribaron la puerta. Bajo un fuego cruzado de flechas y ballestas, la india se propuso cruzar el límite impreciso que unía el poblado con el río. Corrió esquivando soldados e indios trenzados en un combate sangriento. Bajó por las barrancas en busca del río. Divisó pájaros y patos salvajes sobrevolando la tierra. Las lanzas de los cristianos la hirieron y las flechas incandescentes de los indios la incendiaron, como a una bruja, antes de que llegara a la costa. En llamas se adentró en las aguas marrones e inmóviles. El sol y el rostro de Luna Nueva reverberaban y se expandían por la llanura inmensa por donde había cabalgado con el Adelantado

Don Pedro de Mendoza. Su cuerpo se sumergió en esa ilusión de Mar Dulce que seguía arrastrando los alaridos y cantos de guerra.

LA TIERRA PROMETIDA[8]

— La sigo queriendo —dijo Leandro Reyes, un marino panameño de cara maciza y manos ásperas—. Algún día volveré a mi tierra.

— No me interesa volver, esto es el primer mundo —sentenció Walter Gonzalves. Estaban sentados desde la medianoche en un pub, el *Bier Stube,* cuyas ventanas de ojos de buey se abrían al relato, matizado con los habanos del Mar Caribe que fumaba Reyes, aunque estaban en el puerto de Hamburgo, en lo que alguna vez había sido el Tercer Reich, y ahora era un país donde volvía la violencia.

Walter Gonzalves, el Francés, como gustaba que lo llamaran, reclinaba hacia atrás su cuerpo delgado y escuchaba sin atención.

—Es una mezcla de divinidad y mujer de carne y hueso —continuó Reyes y se detuvo. El humo le irritaba los ojos, se los restregó y pensó que dentro de una semana cumpliría cuarenta años.

Walter pidió una *bier* como para reafirmar que estaba en Alemania y no en Panamá o en la Martinica, aunque lo perturbó la paradoja de sentir que se encontraba al mismo tiempo en lugares distintos.

—En otras ocasiones esa mujer es como un fantasma porque aparece y desaparece de mi vida. El cuerpo es perfecto, escultural, sabes, vuelve loco a los hombres. Tiene una mirada penetrante —remarcó Reyes y otra vez se detuvo, como si la historia le pesara más de lo que Walter Gonzalves hubiera podido imaginar.

Fue en ese momento que entraron, el término más preciso sería arrasaron, varios jóvenes con sus cabezas rapadas, vestían remeras negras con esvásticas, y entre cadenas de hierro y arengas que hablaban de la caza del extranjero secuestraron en el *Bier Stube* a dos indefensos turcos. Los alemanes calzaban borceguíes, aros en sus orejas y distribuían entre alaridos panfletos neonazis. Gonzalves tuvo miedo, como también el marino que trató de pasar desapercibido, haciéndose el borracho y

cantando en alemán, aunque en más de una oportunidad había denostado a los germanos.

De pronto, Walter se aplacó, se sintió afortunado por no ser judío, ni asiático, ni sudamericano. A decir verdad, era hijo de uruguayos, aunque había nacido en la Guayana Francesa donde su padre se había desempeñado como diplomático. Era un francés de segunda. Quería llegar a ser alguien, participar de ese poder que giraba en el centro de un primer mundo al que deseaba entrar. "Cuando vengo a este pub se sienta conmigo el panameño, mejor me cambio de mesa", pensó.

Al irse los neonazis, Walter se ajustó el viejo cinturón con hebilla de metal, se lamentó por no tener ropa nueva y miró con intención de acercarse a un grupo de punks: dos chicas, una de cabellos azules y otra de color zanahoria, y un joven cuya cabeza mostraba en uno de los lados una hilera de pelos cortados al ras y del otro una lustrosa calvicie. En la solapa del tapado roído y largo hasta el suelo que llevaba una de las chicas colgaban unos claveles marchitos. La otra, más corpulenta, calzaba unas botas de cuero de cabra.

Leandro Reyes, todavía se estaba reponiendo del terror, y al rato quiso continuar con su historia. Walter se levantó sin darle ninguna explicación y se dirigió a la mesa donde los tres alemanes lo miraron con desprecio. Intentó entonces seducirlos con unos *bretzel* bien salados que le pidió a una de las mozas: una exuberante rubia de cutis blanco e insinuantes pechos que asomaban por la blusa. La rubia no se esforzó por entender el torpe alemán que pronunciaba Walter, quien recurrió a los gestos para que le entendiera el pedido.

La chica de las botas de cuero de cabra fumaba ahora un cigarro de marihuana que sostenía con el gesto exultante de un europeo; pitaba fuerte el humo tirándolo sobre la cara de Walter que no se enojó ni desistió del intento de comunicarse. Pensaba que sólo los pueblos osados se integraron a una cultura superior y advirtió que el marino panameño seguía hablando como si estuviera con él bebiendo un ron o una cerveza. Incluso llegó a imaginar que continuaba refiriéndose a la muchacha, pero esa historia no le interesaba.

Los tres alemanes bebían sus cervezas comiendo salchichas con repollo colorado y una mostaza que comenzaron a escupir. La que fumaba marihuana maldijo a la moza por el asqueroso chucrut y llamó "hijos de perra" a los policías que los habían reprimido en la Ludwig Platz de Darmstadt. Walter trató de mirar a la gordita que pestañeaba moviendo sus ojos pintados de verde, con círculos negros y tatuajes de serpientes, pero fue inútil. No hubo un sólo guiño, una sola señal, un gesto que reconociera su presencia. Pese a ello, decidió beber con los alemanes hasta emborracharse, hasta no escuchar más al marino panameño que continuaba hablando solo y parecía haber perdido el miedo y alzaba la voz a riesgo de comprometerse.

En plena embriaguez, Walter pensó en el Barrio Chino de Londres donde algunos turcos, africanos y sudamericanos eran apaleados por la policía en los suburbios. En otras esquinas, los desocupados encendían fogatas para mitigar el frío y cocinar los alimentos que recogían en los tachos de basura. Recordó otros tiempos, cuando abundaba el trabajo y lejos estaban de aparecer los que llamaba bárbaros. Imaginó tomar un taxi, cruzaría sin detenerse por el Barrio Latino, hoy poblado de negros al igual que el metro en el horario nocturno. El auto lo depositaría a escasos metros de la pensión de París, donde estaría a resguardo del frío que a esta hora de la noche es insoportable. Pero era una realidad –siempre le gustó estar ligado, aunque sea mínimamente a algo real que pudiera palparse como las jeringas que transportan a sitios lejano—que ya no podía levantarse de esa silla a la que estaba estaqueado por el alcohol. También era cierto que se encontraba en Hamburgo a pesar del recuerdo de París y Londres donde había estado en otras oportunidades. Ahora sólo deseaba emborracharse con la cerveza alemana.

Leandro Reyes se acercó y le dijo:

—No lo veo bien, ¿quiere que lo acompañe? Yo vivo en la calle Münster y Erfurt, edificio Berlín libre, segundo piso, somos todos inmigrantes. ¿Usted donde vive?

Walter, el francés, se aferró al chop, se le movía todo, incluido el panameño.

—No se preocupe, vaya nomás —contestó con voz entrecortada.

—Bueno, si le parece, otro día nos vemos— saludó el marino.

Ya de madrugada, Walter logró salir de la taberna y como pudo llegó al dormitorio enrarecido que compartía con dos albaneses, un tunecino y hasta hace poco con una rumana. Ella tenía un rostro sugestivo, la nariz pequeña y los labios gruesos le daban una serena sensualidad. Gozaba con la costumbre de pasarse horas en el baño, lavándose sus pelos renegridos y maquillándose. También se entregaba al reposo y se contemplaba en el espejo, tratando de pulirse como una joya. La nariz recta, la boca mediana y los ojos brillantes y perdidos.

"Tengo que estar bien para que los europeos vean en mí un igual. Necesito hacer algún negocio, en Hamburgo entran y salen muchos marcos, no puede ser que sólo los vea pasar", pensó Walter Gonzalves.

A veces, cuando el dolor placer le traspasaba las venas, percibía su piel como un metal fundido que manos orfebres ponían en una laminadora para trabajarlo a su antojo. Imaginaba entonces que su cuerpo se emplazaba en un taco de joyero, como si fuera un lingote de platino a merced de los embutidores, los compases, las pinzas y los martillos que le trituraban la cabeza hasta que sentía que la sangre le brotaba de los oídos y la boca para salpicar el espejo y decirle que, por ahora, por ese día, se había salvado de la muerte.

Al llegar al departamento buscó la droga y se tiró en la cama. Los albaneses dormían y el tunecino estaría vendiendo en los pubs, si es que no había sido echado a patadas por algún alemán que se encargaba de la distribución y de la trata de latinas, las asiáticas y las de Europa Oriental. Algunas habían trabajado de sirvientas en casas donde les daban alojamiento, comida y unos pocos marcos. Ahora ganaban más al ofertarse en las vidrieras de Europa. La rumana había sido una de estas prostitutas que un día apareció asesinada en un baño público porque al parecer se quedó con un dinero que pertenecía a su explotador. Después de varias inhalaciones Walter se quedó dormido.

Leandro Reyes se fue del *Bier Stube* impregnado del tufo de la marihuana y del hachís que consumieron los tres punks. Lo vio a Walter subirse y desaparecer en una limusina negra, como un rato antes se había borrado de su imaginación el recuerdo de esa mujer erótica y fantasmal. Ella surgía y luego se desdibujaba al igual que los relieves de una costa irregular y cruelmente inaccesible. Ya en su cuarto, recordó cómo se había escapado de la cruenta invasión norteamericana a Panamá, su fugaz exilio en México y su

ida a Europa. Ahora pensaba embarcarse como contramaestre con destino a las islas de Cabo Verde: pintoresco y nuevo país del África, de atractivas mulatas, cuya sensualidad sólo era comparable al de la muchacha que al anochecer solía pasearse desnuda por la playa de Panamá con su sombrero de hebras.

Bien caída la tarde, Leandro Reyes se despertó recordando que por la noche tenía una reunión con el poeta mexicano Juan Ramírez que estaba de paso en Alemania. Se habían conocido en México en casa de un amigo común. En esa oportunidad, le comentó que escribía algunas cosas de aficionado mientras navegaba y el poeta lo alentó. Después se vieron un par de veces y quedaron en cartearse. Los unía el amor por sus respectivos países. Se encontraron en un restaurante donde servían comida mexicana. Se dieron un abrazo. Cuando llegó el tequila, el poeta le contó:

—Llegamos a la paz en México y deseo con todas mis fuerzas que se concrete la dignidad de los indios y campesinos. También quiero que mejoren los millones de emigrantes del tercer mundo que deambulan por Europa.

—Esperemos —afirmó Reyes— ¿Se enteró cómo masacraron a los turcos? —balbuceó.

—Sí, estoy preocupado —contestó el poeta— estas salvajadas hablan mal de un país que se dice del primer mundo. Espero que no sea el comienzo de lo que pasó en otro tiempo. Necesito seguir tomando, pidamos más tequila con huacamole, como corresponde —aseguró.

Reyes movió la cabeza, al rato le hirvió la boca por los picantes y el tequila.

— Escribo mientras navego, si le parece le puedo mandar algún poema.

—Acá le traigo otro libro —dijo el poeta, con cortesía.

—Gracias, me gustaron sus poemas, sobre todo el que habla de la tierra donde nació. Es que la tierra son los amigos, los padres que ya no están, la mujer, los hijos, los hermanos, los olores del puerto y de la casa —dijo con nostalgia Reyes mientras terminaba los tacos y los ajíes.

—Ahí está, ve —señaló el poeta—, haga con esos sentimientos un poema. Describa y cruce los adornos, los libros, las flores de su casa con el recuerdo de sus padres y hermanos.

—No sé si me va a salir —Reyes encogió los hombros—. Tal vez pueda escribir sobre la mujer que dejé en mi tierra. El recuerdo es una forma de regresar. Verla caminar por la playa, acariciarla y bañarnos en el mar. Hablarle, aunque ella en el poema sea todo silencio.

—Métale pues, es como tomar tequila, es cuestión de animarse —lo alentó el poeta—, no se preocupe por hacer una historia, piense en lo que le dije cuando lo conocí, la poesía no es para entenderla sino para sentirla.

—En eso se parece a la mujer y a la patria de uno —dijo Reyes y bebió hasta el fondo. Luego comieron el postre en silencio, entregados a los recuerdos.

Al terminar, Reyes le dijo:

— Sé que está bien, hace unos días recibí una carta. Dice que me extraña y me desea, pero también que la soledad enfría su alma. Me alarmé —dijo y escuchó ruidos y ecos de otro tiempo, vio lágrimas que formaban surcos en su cara —. Presiento mi regreso, aunque todavía no me animo y prefiero estar un tiempo en Cabo Verde. Sé que tengo que hacer algo más que agradecer a Dios por estar vivo.

—Ojalá pueda volver pronto —el poeta pidió dos cafés—. Se hace difícil vivir sin amor. No sabe cómo extraño a mi mujer y a mis hijas. Usted tiene mi dirección de México, hágame saber cómo siguen sus cosas y mándeme algún poema.

— Por supuesto, lo tendré al tanto.

Después no hizo falta que se dijeran nada más, terminaron los cafés y se despidieron con un abrazo.

Leandro Reyes continuó yendo al pub donde después de varios días volvió a ver a Walter. Le dijo:

—Tómese una cerveza, le quiero hablar de un amigo poeta.

—Estoy esperando a unos alemanes —se excusó Walter con parquedad.

—Será en otra ocasión, los gringos tenemos que unirnos —sentenció Reyes.

Walter frunció el ceño.

—Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme, estoy en el edificio Berlín libre —se despidió el panameño.

Walter esperó en la barra. Luego de un rato llegaron los tres punks, acompañados por el dueño de la limusina negra. Un alemán que tendría cerca de cincuenta años, rigurosamente trajeado, que lucía sus camisas de seda y sus corbatas floridas. Todo indicaba que se trataba de un hombre de dinero por eso lo encaró para proponerle un negocio. La cara del alemán era excesivamente blanca y descubría unos pómulos cortantes. Walter saludó a las punks, se mostraron imperturbables, y pidió permiso para sentarse a la mesa. El Alemán asintió y escuchó las propuestas del Francés que se esmeraba en su afán de hacerse rico en una Alemania que veía como la tierra prometida. Le propuso poner un restaurante donde habría comida francesa y también alemana.

—En París fui encargado de un restaurante de primera categoría, hice de todo, pero mi fuerte son las relaciones públicas, soy hijo de un diplomático.

El alemán se ajustó la corbata y meneó la cabeza.

—Podemos hacer algo de lujo —Walter irguió el torso, gesticulaba y lo miraba fijo—. Como le dije, conozco el ambiente diplomático.

El Alemán se cruzó de brazos y le preguntó:

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos, ya no estoy para perder el tiempo —afirmó con voz segura.

—Bien, bien —dijo el Alemán y volvió la vista a las chicas punk que estaban tomadas de la mano. Un muchacho, de cabeza calva y lustrosa, estaba sentado al lado del alemán, quien pidió cerveza para todos. Estaba distendido, se mostraba amable.

—¿Qué me dice?, usted invierte veinte mil marcos y yo me encargo—insistió Walter entre tragos de cerveza.

El Alemán quedó en contestarle y mientras tanto lo persuadió para que se ocupara de algunos negocios menores: a cambio de un sueldo en

marcos, el Francés tenía que oficiar de portero en la entrada de un local con el objeto de conseguir clientes para uno de los múltiples espectáculos que regenteaba. Un show erótico en vivo, armado para los turistas, ávidos en ver cómo un negro y una rubia hacían el amor. Necesitado de dinero, pensó que sería una etapa intermedia hasta tanto se ganara la confianza del empresario. Si no conseguía trabajo en unos días quedaba en la calle y corría el riesgo de que lo repatriaran. "No es lo ideal, pero trabajar en el local me permitirá sobrevivir, es cuestión de que me gane la confianza del alemán, en el fondo estos europeos son ingenuos", pensó.

Estuvo unos días de portero, el encargado lo felicitó por el trato a los turistas.

—Si quiere ganar más, lo paso adentro, puede ser mozo —aseguró el Alemán.

Walter aceptó entusiasmado, en poco tiempo sería maître o barman y algunas propinas eran en dólares. Al cabo de unos días, comenzó a excitarse con una rubia, que había llegado del este de Alemania, delgada, una cintura pequeña y unos pechos moldeados a siliconas, cuyo nombre de fantasía era Helga. Había trabajado en el Barrio Rojo de Ámsterdam, gemía como si realmente gozara haciendo el amor en el escenario. La noche en que Walter la invitó a tomar unas copas después del espectáculo, le confesó que estaba cansada de la compañía de Luther, ese negro americano, cuyos movimientos mecánicos semejaban a los de un muñeco. Las escenas sexuales se realizaban con preservativos, por eso se animó a invitarla a su departamento. La pasó bien, aunque ella no gemía con la efusividad del escenario. Después, Helga le hizo una propuesta. La paga era mucho mejor que la de mozo y el hecho de que fuera ella su partenaire le daba seguridad. Las primeras noches le resultaron excitantes, desnudos en el escenario, los spots de luz negra, los alaridos de Helga y los gritos del público. Después de unas semanas Helga y Walter comenzaron a hastiarse en esa repetición que terminó por resultarles asfixiante. Empeoró para Walter la noche en que no pudo lograrlo. Helga no le prestó ningún apoyo y pidió que lo remplazaran por Luther o por otro.

—Quiero volver a trabajar de mozo —le pidió al dueño del local.

—Lo lamento —dijo el Alemán, el puesto está cubierto.

—Vuelvo de portero o donde me mande —insistió Walter.

—Tendrás que esperar —sentenció el dueño.

Esa noche se fue angustiado y en un rapto de lucidez pensó en buscar al panameño. Antes se refugió en su cuarto, donde se drogó. Se despertó de madrugada, aturdido se incorporó y fue hasta el baño, donde se echó agua fría. Luego bebió varias tazas de café y a las siete de la mañana se dirigió al departamento de Reyes. Al llegar, el encargado, un refugiado libanés, le informó que el marino se había ido, tal vez a Panamá. Walter sintió una desazón que lo impulsó a caminar sin rumbo durante varias horas. No se explicaba esa búsqueda ya que siempre había rehusado la compañía de Reyes y ahora quería ahondar en la historia de la muchacha panameña, que inesperadamente lo encandilaba con su sensualidad. Regresó a su cuarto con el sólo propósito de inyectarse, pero el encargado de la pensión lo echó, estaba cansado de la droga y le seguía debiendo alquileres. Walter se imaginó revolviendo los tachos de basura y calentándose con un mechero en medio de los mendigos. En su último intento por aferrarse a algo tangible se fue al local.

Al llegar, la música de Bob Dylan sonó con fuerza en su cabeza. Se sentó junto a la barra a la espera de que el dueño le ofreciese, aunque fuera limpiar los baños. Volvería a escalar posiciones hasta que lo nombraran encargado. Si se desempeñaba bien, insistiría con lo del restaurante de lujo. El maître lo invitó con unos tragos. Durante toda la noche escuchó las risotadas de los turistas norteamericanos que brindaban alcoholizados en compañía de unas prostitutas latinoamericanas. Él también estaba bebido y escuchó varias veces la propuesta del maître hasta que aceptó.

Ya de madrugada, en el escenario, sintió sobre su cintura las manos negras y velludas de Luther y la carcajada del dueño que imprevistamente había llegado al local en su limusina negra. En un rincón de su mente, Walter vio bajo el terruño panameño a Reyes, quien trataba de reencontrarse con la muchacha del sombrero de hebras. Después, sintió un horrendo dolor, una punzante congoja que venía acompañada de vergüenza y de un fajo de dólares que un turista norteamericano arrojó sobre el escenario para que la escena volviera a repetirse.

LA CRUZ LATINA[9]

Creyó que en algún momento la empresa le ofrecería un puesto de ejecutivo en Boston, en Londres, tal vez París, incluso Tokio, pero Jerusalén no estaba en sus planes. Pidió una semana para pensarlo. El primer obstáculo era la guerra con los palestinos, el temor de verse implicado en un conflicto ajeno, ya que era católico. Con los años, su fe en Dios y Jesucristo se habían fortalecido.

Al tercer día, lo alentó la idea de conocer Tierra Santa, donde nació Jesús, predicó, murió y resucitó, se dijo como si recitara una clase de catecismo. En ese momento caminaba por Buenos Aires con una sensación extraña, como si de pronto su realidad fuera otra, al punto de sentirse uno de los tantos extranjeros que la visitaban.

Al cuarto día, luego de regresar del trabajo, en su casa, acomodando la ropa de los placares, en el fondo de uno de los cajones, encontró un *chador*. Desconcertado, no halló explicación alguna, nadie en su familia era islámico, sus padres, católicos, habían muerto y su última pareja había sido agnóstica. Se sentó en el living, encendió un cigarrillo y miró las pinturas: cuerpos de mujeres, paisajes y objetos con formas cubistas. Luego se detuvo en las lámparas y los adornos que reposaban sobre los muebles y después de varias cavilaciones dedujo que tal vez el *chador* habría sido un obsequio que una amiga azafata le había hecho a su exmujer. Por olvido había permanecido oculto entre las ropas. El argumento no lo convenció, pero no encontró otra posibilidad.

Los días siguientes los ocupó en buscar información por Internet sobre Jerusalén, su origen y sus luchas con los vecinos. Se obnubiló cuando dio con la historia de esa ciudad que lo retrotrajo a un tiempo pasado, sobre todo se detuvo en el siglo XI, donde los turcos arrasaban con los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. Se interesó por las reconquistas cristianas, el valor, el coraje y la nobleza de los templarios.

Ya entrado el séptimo día aceptó la propuesta de trabajo. Lo entusiasmó la idea de fortalecer aún más su fe. No estaba casado, no tenía hijos a quienes darles explicaciones, sólo hermanos y amigos que le dieron su consentimiento. Además, significaba un progreso económico y profesional importante.

Se durmió enseguida. La ansiedad de la víspera lo había agotado. La voz del ayudante lo despertó:

—Es hora, mi Señor.

Vio que el sol despuntaba tras la apertura del toldo. Se lavó la cara con el agua que el ayudante derramó de una vasija. Lo miró con extrañeza, pensó que el agua no lo había despertado lo suficiente. Afuera resonaban voces de guerra. Se puso la túnica blanca y la cota de malla. Al oeste, tras las colinas, estaba el Mar de Galilea, en sus proximidades acampaban los infieles.

—Dios me sumergió en un sueño incomprensible —le dijo con zozobra al ayudante—. Vi pinturas profanas y objetos desconocidos que irradiaban una claridad que no venía del fuego. Pronuncié y escuché un lenguaje desconocido. Vi paisajes y ciudades a través de un vidrio y me angustié.

—Es la proximidad de la batalla, mi Señor. Un caballero de su temple lo superará.

El ayudante le alcanzó la lanza y el escudo y lo ayudó a montar un caballo enfundado en un manto con la cruz latina. Sintió su alma equipada con la fe y salió al galope. La tierra reseca levantaba polvaredas al tiempo que se acercaban otros templarios. El calor era sofocante cuando cruzaron las primeras lanzas en las colinas. Las tropas enemigas prendieron fuego a las hierbas. El humo permitió que le dieran una estocada que lo hizo caer del caballo. Lo último que escuchó fueron los cantos de los musulmanes e intentó en vano retornar al sueño.

.

LA REDENCIÓN[10]

El mar se agita bajo la sordidez del presidio. Soy un afortunado, me digo, puedo escribir mientras los otros prisioneros mueren devorados por sus delirios. Cada tanto, veo tras las rejas, cómo las aguas encrespan algún cadáver que arrojaron de la fortaleza, este bloque de piedra maciza al que seguramente entré una noche. No descubro el motivo del encierro, sí la necesidad de escribir y dar vueltas en la celda. Al principio, escuchaba los latidos de mi corazón, ahora casi no percibo el cuerpo. La fiebre es la tinta que brota de mis manos y me impide recordar si fui un hombre de bien o un delincuente que robaba y mataba.

El tiempo transcurre sin testigos visibles. Sólo oigo quejidos de los que fueron hombres como yo. Pronto serán cenizas que abonarán la tierra de algún lugar. Pienso si no habré sido el monje supremo de una Orden de Cruz y Espada, pero son intentos por idealizar una existencia que a lo mejor fue la de Barrabás. ¿Quién soy para juzgar la conducta de los hombres? ¿Qué razón habrá tenido Barrabás y Jesús de Nazaret para obrar de acuerdo con sus creencias? Otras veces supongo que fui un siervo de la gleba, un humilde labrador acompañado del amor de una mujer que amamantaba a nuestros hijos bajo la protección del feudo. Pero son ilimitadas suposiciones, quiero creer que viví en otro milenio donde la humanidad no poseía muertes injustas ni desigualdades.

No he podido hablar con nadie, ni siquiera con los carceleros. Escucho la marcialidad de sus pasos y deduzco que son hombres, aunque podría ser un animal el que me arroja por la pequeña abertura de la puerta los pedazos de carne que se pudren porque pocas veces pruebo bocado. También pensé si no será una mujer la que me da de comer, una doncella que quiere expiar sus culpas viviendo en este lugar miserable. Tal vez una santa que desea salvarme o una prostituta que quiere mi cuerpo. Siento que soy sólo espíritu. ¿Estaré en el infierno o es éste el cielo de un Dios imperfecto? La pluma blande mi respiración y derrama la sangre en el espacio en blanco con el rui-

do de la marejada que explota en derredor de la prisión. ¿Cuántos guerreros habrá custodiándola? ¿Estarán pertrechados con armaduras y guanteletes o serán soldados del segundo o tercer milenio después de Cristo Jesús? El llamado Redentor, el Hijo de Dios, que fue traicionado y crucificado. Pero no es más que una hipótesis, quizás una superstición que heredé de mi vida anterior. Tal vez el mundo sea ahora el refugio de millones de Cristos que en vano se redimen porque los hombres dejaron de existir. En ese caso, soy uno de ellos. Un Jesús más, con las heridas sangrantes, la corona de espinas y el pecho abierto por la lanza. Un Jesús pecador, encerrado en esta fortaleza esperando la llegada del hombre que lo redima.

LA BÚSQUEDA[11]

Familiares y amigos están reunidos en la casa de mi tío Juan. Un tío político, afable e inteligente, que pudo ser un profesional, pero la crisis de los años 30 lo llevó sólo a trabajar. La plata alcanzaba para que estudiara Horacio su hermano mayor.

Los veo alrededor de varias mesas. Hay bandejas con masas finas y secas y sándwiches de miga. Es una fiesta patria. Muchos llevan banderitas argentinas. Yo no había nacido. Mi madre está feliz, sonríe, todavía no había llegado mi padre a su vida. Mi abuela Stella está concentrada junto a mi tía Luisa y su bebé, Alfredo, uno de mis primos mayores. Mi abuelo Amadeo está detrás, a unos metros del gobelino que muestra los perros de caza y los caballos que montan los nobles. Una discreta imitación de los que se fabricaban en Francia en la época de Luis XIV.

El abuelo tiene la mirada perdida, tal vez estará recordando a su madre que se quedó en Italia. Jamás la volvió a ver. Esa historia, como otras de la familia, la supe de grande. Había que mostrar sólo lo bueno, la tristeza y los desencuentros los dejaban del otro lado del mar. Ese océano que nunca dejaron atrás. Pero miraban adelante para hacer la América, una tierra de prosperidad, donde según ellos la guerra no había llegado en el siglo que vinieron. No supieron o no quisieron saber que, en el siglo XIX, América se desangró en guerras civiles fratricidas y en el siglo XX, en cruentas luchas políticas y sociales. Pero siempre escuché en bocas de mis abuelos, que habían venido a trabajar, gobernara quien gobernara, mientras hubiera paz.

Al lado de mi abuelo, encuentro a mi tío Antonio, único hermano varón de mamá. Buen mozo, como decían sus hermanas, rubio, cutis blanco, ojos celestes, piamontés por donde se lo mire. No tuve una buena relación. Admiraba todo aquello que yo detesto. Ahora recapacito y pienso que no fue del todo así. Mi tío valoraba la familia como buen hijo de italianos. Yo la valoro recién ahora.

Me detengo a mirar la elegancia de la ropa de la época. Los hombres de traje, camisa, corbata y pañuelo en el bolsillo de adelante. Se nota que están peinados con gomina. Las mujeres lucen vestidos de fiesta, otras trajecitos y algunas llevan pieles. Claro, es un 25 de mayo o un 9 de julio. Todo es blanco y negro. No hay matices, no hay color, pero pienso que en ese momento era suficiente. No hacían falta tantas cosas para vivir como ahora. Un ramo de flores se entregaba personalmente y un te quiero también. Las distancias eran largas, pero se llegaba al destino. Ahora son cortas y pocas veces se llega.

Mi abuelo murió en 1946, así que deduzco que esta fiesta es de unos años atrás. O tal vez sea del año de su muerte. Murió en verano de un ataque al corazón. Mi abuela me comentó que no se cuidaba. Tomaba y comía en exceso. Su hotel restaurante que lo llevó a prosperar también le quitó años de vida. Tengo ganas de meterme en la foto y recomendarle que se cuide, que lo quiero conocer, que faltan unos años para que yo nazca. Sé que es imposible, pero lo intento. Tal vez dentro de unos siglos se pueda. Nada es improbable para el hombre. También tengo ganas de acercarme a mi abuela Stella y decirle que la quiero mucho. Que recuerdo sus pastas y ese aroma a tuco que jamás, jamás volví a oler. El laurel y los tomates frescos eran un bálsamo en un jardín donde muchas veces no florecían las rosas ni los ciruelos.

Una parte del pasado me angustia y busco a mi madre. Esos besos de la infancia que me trasportaban a un cielo límpido y piadoso. Paso entre varias personas. A los pocos que conozco los saludo. Pero algunos no llegaron a conocerme. ¿Quién sos, de quién sos hijo, nieto, primo, sobrino? No les doy explicaciones porque quiero estar al lado de mi mamá antes de que se vaya de la fiesta. Después, tal vez, ya no la pueda encontrar. La perdí en algún momento de mi vida y quiero avisarle para que no vuelva a suceder. En un principio, la vi sonriente, ahora la percibo seria, como si algo o alguien la hubiese vestido de luto. Pero imagino que no luce de negro. Lleva un trajecito de dos piezas con hombreras. Un estilo austero pero femenino. No mira como los otros a la cámara. Mira de soslayo, como ensimismada. No puedo llegar hasta ella. Parientes y amigos me impiden el paso. Me dicen que pruebe el chocolate caliente y los churros que sirven los mozos, vestidos con sacos, imagino blancos y con botones dorados. Protesto y les digo,

les grito, les imploro que quiero llegar hasta mi mamá. No se inmutan, me contestan diciendo que ya tendré tiempo. Pero sé que no es así. El tiempo pasa tan rápido que no nos damos cuenta y cuando quiero reaccionar mi mamá ya no está. Imagino que se fue antes de que cantaran el himno y agitaran las banderitas. Pienso que a lo mejor está más adelante y de nuevo pido permiso, esta vez para ir en dirección contraria. Me dejan, a pesar de que me dicen que tenga cuidado. Hay mucha gente adulta, también ancianos y niños. Tengo la esperanza de encontrarla. Me digo que la esperanza es lo último que se pierde, sabiendo que la frase es un lugar común. Miro cada uno de los rostros. Tal vez, la que yo pensé que era mi mamá, no lo es. Hay personas que parecen una cosa y son otra. Me digo que no es el caso de mamá.

Unos jóvenes de una de las mesas de adelante me dicen que a lo mejor me equivoqué de lugar y que esta no sea mi familia. ¿Qué vi y sentí entonces? No puede ser, me repito. No puede ser porque sigo reconociendo a mis parientes. ¿Para qué voy a ir a otro lugar? ¿Qué sentido tiene? Sólo si me aseguraran que en ese sitio estará mamá. Entonces saltaría por encima de las mesas y las personas, me iría de esta fiesta y la buscaría hasta encontrarla en otro lado.

Se me ocurre una última opción. Le voy a preguntar a mi abuela Stella. En este caso me dejan pasar sin ningún problema. Me vuelven a convidar con chocolate y esta vez con facturas porque los churros se acabaron. Les agradezco y sigo de largo hasta pararme frente a frente con mi abuela. Viste un elegante vestido, que imagino negro. Seguramente había muerto algún pariente de Italia. Lleva un sombrero de fieltro y una pequeña pluma. Sin preámbulos le digo que no encuentro a mamá. Que estoy angustiado. Que cuando era chico tenía miedo de que se muriera y me dejara solo con papá. Mis hermanos eran menores. Se asombra y me dice que no me preocupe. Su cara, como siempre, expresa bondad. Después, me mira fijo, diciéndome que a veces creemos perder a algún ser querido, pero no es así, sobre todo tratándose de una madre. Seguramente se fue al baño o a su casa por haberse sentido mal. Estaba segura de que yo la vería en otra ocasión. Estas palabras me tranquilizaron.

Al cabo de un tiempo, después de una búsqueda extensa, que no ahorró lugares ni personas, la encontré. Es un día luminoso. Estamos de vacacio-

nes en Mar del Plata. Veo los lobos marinos de piedra a los que me subiré años más tarde. La escollera de la Playa Bristol, las sombrillas y las carpas. La rambla con sus bares donde en un futuro papá y mamá nos llevarán a la Confitería París a escuchar a Jorge Sobral y a Ruth Durante. Y a ver a Míster Chasman y Chirolita. Papá me alza en plena rambla y mamá me mira con ojos de amor. Viste una solera floreada con un discreto escote. Luce bronceada, está radiante y contenta y también papá. Yo los miro, con mis ojos de bebé de un año recién cumplidos y me siento pleno de felicidad.

EL CIELO Y EL INFIERNO[12]

Mamá me dijo que la tía Felisa se había ido al cielo. Meses atrás, papá me había dicho lo mismo del tío Santiago. Esas ausencias me preocupaban. La tía no era vieja, no tenía el cabello blanco, ni usaba bastón. Tendría unos años más que papá y mamá. La noche del velorio no pude dormir, me quedé con la tía Estrella. Mis padres y el resto de los parientes no volvieron hasta el otro día. Al acostarme le pregunté por el cielo, el infierno y el limbo de los justos. Algo sabía por las clases del hermano Roque, que nos preparaba para la comunión. El limbo era un lugar de paz donde iban los chicos que se morían sin estar bautizados. Me parecía una injusticia que no fueran al cielo, que, según mi tía, era un lugar lindísimo donde vivían los buenos. Estaba custodiado por ángeles, los soldados que defendían a Dios de los ataques del demonio. Al hablarme del infierno, la tía me dijo: Van los malvados, los que no creen en Dios. Es un páramo cubierto por el fuego. ¿Y cómo es el demonio? le pregunté. ¿No lo viste en tu manual de catecismo?, me preguntó. Vi esa imagen de enormes cuernos y cola de serpiente y me asusté, podía aparecer en mi cuarto. Entonces, recordé las palabras del hermano Roque: Los que no creen en Dios irán al infierno. ¿Es cierto tía? Dormite, no pienses más.

Si la tía Felisa no había creído en Dios, se estaba quemando en el infierno. Tardé en dormirme. En medio de la noche me despertó un resplandor. Era el rostro pálido de la tía Felisa con el cuerpo rojizo del demonio. En cuanto grité vino la tía Estrella y me dijo que me tranquilizara, que el infierno no existía. Entonces, ¿qué había visto? ¿O me habían mentido?

Tenía tanto miedo que le pedí que se durmiera a mi lado.

Por la mañana hablé con papá: Son macanas de los curas, no hay que creer en esas historias. Mamá intervino: No le digas eso al chico que puede perder la fe.

Durante la semana me sentí mal. Comí poco, no atendía en clase y no podía dormir solo. Necesitaba de papá, mamá y la tía Estrella. Me aterraba esa figura que podía aparecer de nuevo. Papá terminó por cambiarme de colegio. En el nuevo no hablaban de Dios, ni del cielo ni del infierno. Mamá estaba preocupada, quería llevarme a misa los domingos.

Unos días más tarde, recordé las palabras del hermano Roque: Quienes pierden la fe van al infierno. Me di cuenta de que no tenía posibilidades. Si volvía a creer, vería de nuevo al demonio. Si no creía, me vendría a buscar. Esa noche apareció en mi cuarto. Me dijo que no me asustara, venía a llevarme al infierno. Es el mejor lugar para ser feliz, afirmó. Yo ya no sabía a quién creerle y como lo vi tan seguro, decidí irme con él. Por fin vería si era cierto lo que me habían contado. De no gustarme el infierno, todavía me quedaba por conocer el cielo.

ESE CURA[13]

Estoy parado en medio de una avenida, cerca de la estación Retiro. Espero que pase un larguísimo tren de carga. Al encontrarme con el Monaguillo Navarro recuerdo lo que vimos en el cuartito de la Radio FM del colegio. Habían pasado veinte años, pero lo que ocurrió ese día no lo olvidé.

Monaguillo está gordo, con menos pelo, enfundado en un sobretodo y con un maletín en la mano. Me acerco y le doy una palmada en el hombro.

— El Monaguillo Navarro, no lo puedo creer.

—Cómo te va, Cerruti —me dice distante.

—¿Qué hacés por acá?, che. ¿Tomamos un café?

—Dale, después me voy a ver un par de médicos.

—¿Estás enfermo?

—Soy visitador.

—Ah, crucemos, allá hay un bar —le digo.

Caminamos en medio de los vendedores callejeros y el gentío que va para la terminal de micros y trenes. Yo cargo un par de bolsos con relojes de mano, despertadores, medias, paraguas, ositos, remeras y hasta mates. Todo chino, sabés Monaguillo. Lo consigo en el puerto y lo distribuyo por acá. Lástima que la cana pida tanta cometa. En eso se parecen al cura que organizaba los viajes de fin de año. ¿Te acordás? Monaguillo frunce los labios y mueve la cabeza.

Entramos al bar y nos sentamos junto a la ventana. Protesta por el olor a frito y le contesto que en estos bares es así. Vos siempre tan fino, che. Viene el mozo. Le pido un café, un tostado y un té para Monaguillo. Giro la vista hacia la ventana y distingo al tren que sigue pasando. Suena la bocina de la locomotora, también la Marcha de San Lorenzo. Timbre. Posición de firmes. Correr a la fila. Formar a un brazo de distancia. Monaguillo muerde el tostado y me pregunta en qué me quedé pensando.

—¿No te imaginás? —me llevo el pocillo a la boca. Después lo miro de frente y me da vuelta la cara—. En la época del colegio —le digo.

—Pasó tanto tiempo —me dice—. Si no me saludabas, no te reconocía.

—¿Tan jovato estoy?

—Estás canoso, con anteojos, flaco como antes.

—Tu cara está igual. Serio como un cura o un monaguillo.

—No jodás.

—Éramos tantos. Justo a nosotros —le insinúo.

Monaguillo empuña las manos y se mueve en la silla. Saca un cigarrillo y deja el paquete sobre la mesa. Su cara es apenas un corte con un rictus nervioso. Con una mano se agarra la corbata azul con escuditos heráldicos que se desliza sobre su camisa blanca. La tetera humea como un fuego que se enciende despacio. Toma de a sorbos pequeños y me rehúye la mirada.

—¿Supiste algo del cura? —le pregunto.

—Avisá.

—Yo no me la creí. ¿Vos?

—¿Qué cosa? —pregunta molesto Monaguillo.

—Que después de eso lo mandaran al colegio de España.

Monaguillo mastica con fastidio y eleva la vista sobre las mesas vecinas. Comen pizza y toman vino. Miro hacia la ventana. El sol encuadra los furgones del tren. Entra al bar un hombre con su radio encendida.

—¿A qué fuimos al cuartito de la Radio FM del cura? —le pregunto.

—Le llevamos discos. Estábamos cansados de Aurora y la Marcha de San Lorenzo.

—Ah, vos pasabas música. El cura te invitaba seguido — insistí—. A mí la

música nunca me interesó.

—Invitaba a los pibes del primario. Nosotros estábamos en el secundario.

—No sé por qué te acompañé.

—Si no te acordás vos—me dijo levantando los hombros.

—Termina de tomar su té. Me dice que es tarde. Siento que me mira con superioridad como cuando era monaguillo y nos ojeaba desde el altar,

mientras le sostenía al cura el copón de las hostias. Con una seña llama al mozo y me dice que pagará la cuenta.

—Me amenazaste, te acordás—le recuerdo clavándole los ojos.

—Eras un estómago resfriado. Se lo querías contar a todo el mundo.

—¡Qué te parece!

Se impacienta. El mozo se demora en la caja. Monaguillo se levanta y paga la cuenta. Pasa delante de mí sin saludarme. Miro la calle. Veo la cara de ese cura recortada sobre el asfalto y de a poco se va desdibujando hasta perderse entre el gentío, los autos y los vendedores. No veo el tren de carga. Levanto mis bolsos y salgo a la calle. Todavía puedo repartir un par de medias, unos relojes y unos ositos chinos.

LAS APARICIONES[14]

Desde la cama, envuelto en penumbras, te despertaron los ronquidos de la abuela. Después siguieron unas palabras entrecortadas, un fraseo deficiente hasta que pudiste oír: María, no me asustes, por qué te apareces y no me dices nada, como si con sólo verte entendiera qué quieres de mí.

Al cabo de unos segundos retornó el silencio, un silencio profundo e inquietante como el que te acompañó toda tu vida. Saltaste de la cama con un miedo enorme que te llevó a encender el velador. La abuela volvió a dormirse en la cama contigua. Viste sus ojos cerrados, las trenzas de un rodete en reposo, escuchaste su respiración animosa y no te atreviste a despertarla ni a agarrarle la mano. Caminaste hacia el baño en puntas de pie, en el otro dormitorio dormían tus padres, incrédulos de las apariciones que afirmaba tener la abuela, tan devota, te llevaba a misa y te inculcaba el catecismo.

La posibilidad de que se apareciera la Virgen y la pudieras ver te turbaba al punto de que muchas noches te pasabas a la cama de la abuela y en otras te ibas al pasillo que comunicaba al dormitorio de tus padres. Te angustiaba la posibilidad de que la Virgen te llevara al cielo donde dejarías por un tiempo de ver a tu familia. Quedabas tieso junto a la estufa abrigándote y viendo los colores del fuego hasta que te tranquilizabas y volvías a tu cama.

Afuera, la noche cerrada, escondía los yuyos y las flores del jardín y más atrás la huerta abandonada desde que murió el abuelo. Desde entonces, las paredes de la casa empezaron a descascararse, las herramientas del galpón no se usaron más y la abuela comenzó con las apariciones de la Virgen. Para la primera comunión, celebrada en tu colegio, el hermano Roberto, ese joven de rostro sombrío y carácter histérico, como lo había bautizado tu mamá, les contó de las apariciones de la Virgen María, con diferentes nombres y en distintos lugares. Les habló de la Virgen de Lourdes, el santuario en las montañas, junto al río, en Francia, al otro lado de los Pirineos. Tu abuela vasca, la que dormía a tu lado, te hablaba de Lourdes. Era relativamente

cercana a la época de su madre cuando ocurrió el milagro. Te contaba, por las noches, de esa niña, francesa y pastora, que veía a María en lo alto del cerro, le hablaba y le enseñaba a orar. No entendías cómo no creían en todo aquello que te contaba tu abuela y el hermano Roberto, quien llegó a decirte que si era cierto que tus padre negaban lo que él les enseñaba, mejor sería que te cambiaran de colegio.

Había sido tu abuela la que había elegido tu educación y tus padres no se habían opuesto. Les escuchaste decir que vos elegirías creer o no cuando llegaras a adulto.

Bernardita Soubirous veía y escuchaba a la Virgen. Los demás no podían ver ni oír lo que ella veía y escuchaba. Seguramente te pasaba lo mismo que a los franceses. Bernardita gozaba del don de la videncia espiritual, como seguro tenía tu abuela. Lo pensaste durante un tiempo hasta que un día, ya en tu adolescencia, te mortificaste y comenzaste a dudar. ¿Les habría ocurrido lo mismo a tus padres hasta que perdieron la fe? ¿Y si todo fuera una invención de tu abuela y del hermano Roberto? El hermano era joven y parecía estar bien de salud, en cambio la abuela, cada tanto se caía de la cama y le habían puesto pañales. Hablaba de cosas pasadas como si se tratara del presente. Preguntó por qué el abuelo había matado a las gallinas y por qué estaban herrumbadas las herramientas en el galpón.

A veces, querías creerle a tu abuela y la escuchabas con esperanza cuando te contaba que el agua había brotado junto a la roca y surgió el manantial, tal como la Virgen le había dicho a Bernardita.

Así es la fe, te decía la abuela vasca y te besaba con un amor que sentías inmenso. Dicen que hay que tener una fe ciega para que se produzcan milagros, cambios inesperados con la ayuda de Dios. Y hay que pedirlos, con constancia y oración. Y luego agradecer, repetía la abuela. Gracias, Padre, que me has oído y me has concedido la gracia de ver a la Virgen.

Cuando su salud empezó a empeorar y cada tanto no te reconocía te dijeron que la arteriosclerosis la llevaba a inventar las apariciones..

Al tiempo de su muerte dejaste de creer. Durante la adultez la fe en un absoluto fue un recuerdo de infancia, lejano y perdido como las caricias de la abuela. Pero ahora de viejo, cada tanto, cuando te quedás solo de noche, a

oscuras, en tu habitación del hogar, la idea de que pueda aparecer la Virgen te perturba aunque al rato te sobrepongas y te rías en silencio. Un silencio presuntuoso e inquietante que espera el reencuentro con tu abuela y tus padres.

[

EL OCASO[15]

Don Gregorio había tomado la decisión. Sin sacarse el pijama, se calzó como pudo los zapatos y fue a mirarse en el espejo que reflejaba su rostro desolado y abatido por los años. Se puso el sobretodo, bajó hasta la calle y caminó con esfuerzo hasta el paso a nivel donde compraba *La Nación*. Aún era de madrugada, el sol escurría una luz informe sobre las copas de los árboles que bordeaban la estación de trenes.

Hacía dos meses que su amigo Epifanio se había arrojado a las vías del tren. Al llegar a la estación, don Gregorio dudó, siempre dudaba. Después sintió el impacto, el cuerpo despedido a varios metros, la sangre rociando las piedras y los yuyos. Otras veces, imaginaba a su suegro, don Mariano, arrojándose a las vías; también a su mujer Adela, y finalmente él cayendo al vacío en una búsqueda desesperante. Cuando se tranquilizaba, sentado en el banco del andén, se decía: "Si la muerte sirviera para encontrar otra realidad distinta a ésta, tan cruel. Quizá no exista nada más allá de esta vida". Sin embargo, supo que esa duda había alentado en Epifanio la decisión de matarse.

Su mujer dormía en el cuarto que en otro tiempo ocuparon las hijas. Ahora estaba desocupado, sólo se escuchaban los rezongos de Adela que sufría reuma y alta presión y los lunes a la mañana escribía una lista de medicamentos que él debía comprar. El listado incluía remedios para Gregorio que tenía mala circulación y fuertes dolores de cabeza. También tomaba tónicos y vitaminas para abrir el apetito, remedios similares a los que en otro tiempo tomaron las hijas. Ahora estaban casadas y algún domingo lo venían a visitar. Charlaban con Adela y hamacaban a don Mariano mientras Gregorio se quedaba solo en su cuarto escuchando partidos de fútbol. Ya no recordaba cundo dejaron de dormir juntos. Tal vez él prefirió cambiar de dormitorio, llevándose el televisor para que ella conciliara mejor el sueño, o

quizás fue su mujer. No soportaría más el olor a tabaco, los ronquidos y que leyera el diario hasta la madrugada.

Después de comprar el diario, Gregorio volvió a su casa, se lavó la cara como queriendo borrar las arrugas y sacó del estuche la dentadura postiza. Le había perdido el asco y terminó por aceptarla. Al ajustársela, su rostro no se veía tan enjuto ni hundido en las mejillas, aunque se había colocado la de su suegro, acaso por estar pensando demasiado. Recordó entonces las palabras de don Pedro, uno de sus compañeros de banco de plaza, que comenzó como periodista y terminó como taxista. A nuestra edad no debemos pensar, hay que acordarse de los buenos recuerdos. Yo digo que la vida pasa rápido como los trenes que vemos todas las mañanas. Díganme si no es así. Paran unos pocos minutos en cada estación, suben pasajeros distintos y siguen su recorrido hasta la terminal. A veces siento que la vida es un viaje con más caminos que estaciones.

Mientras escuchaba el noticiero de la mañana, su mujer llevó a su padre a orinar. Le quitó los calzoncillos largos. Si había dinero, usaba pañales descartables, si no los comunes. Lo limpiaba con agua tibia para que no se paspara y tres veces por semana lo metía en la bañadera. Con las nenas no se tomaba tanto cuidado, pensaba don Gregorio, mientras se hamacaba en la mecedora de mimbre. Don Mariano vivía con su hija y con su yerno desde su viudez. Se estaba quedando ciego, sólo distinguía contornos, conos de sombra que a la noche se convertían en la nada absoluta. Su vida y su tiempo eran una radio a todo volumen que su yerno no soportaba; en ocasiones le desajustaba las pilas.

A media mañana, don Gregorio se preparó un mate cocido con pan y manteca. Después recordó con amargura las prohibiciones del médico. Sí, prohibido, una palabra que le era tan familiar como el silencio y la soledad. Poco a poco lo privaron de los placeres más cotidianos. Primero el café y el alcohol, luego el cigarrillo, las comidas elaboradas y, por último, pese a sus resistencias, la vida lo privó del mayor de los placeres: el sexo. Nos valoramos más y nos sentimos mejor, decía don Pedro, cuando nos va bien con las mujeres. Ahora, sólo podía verlas en la televisión y en las revistas, si es que su mujer no las escondía o tiraba a la basura: A ver si a tu edad se te da por hacer las chanchadas que hacen los chicos.

Hacia el mediodía, lo atrapó una noticia que el diario presentaba en tercera o cuarta página: "La luz de una estrella, después de su explosión, viajó por el espacio durante miles de años hasta llegar a la Tierra". Entendía poco y nada, pero lo hablaría con los muchachos que lo esperaban en el banco de la plaza. Antes debía saludar a los puesteros del mercadito, a los de la parada de taxis y hacer algún mandado. Su mujer caminaba con dificultad y a él no le daba vergüenza ayudarse con un bastón. Atrapado por el tema de la estrella se fue a la plaza. Don Chicho, el exfrutero, le dijo que la noticia era un disparate, ¿cómo una estrella podía viajar tantos años?

Don Pedro, afirmó que una vez llevó en su taxi a un astrónomo que le contó algo parecido. Lugares que quedaban a miles de años, donde seguramente vivían otros seres.

—Esa historia de marcianos se la voy a contar a mi nieto –dijo don Chicho, sin demasiado interés–. Ojalá vuelva Maradona que la está rompiendo en Europa.

—La noticia es real, viejo ignorante respondió don Pedro –. *La Nación* es un diario serio, lo leía mi padre.

Don Chicho se irritó, pero don Gregorio intervino calmando los ánimos.

—Lo que yo les quiero explicar –señaló don Pedro—es que si la luz de una estrella tarda en llegar a la Tierra miles de años, en alguno de los lugares que recorrió deben vivir otros seres, parecidos o muy distintos a nosotros. Sería ilógico pensar que somos los únicos en el universo.

—Todo está muy lindo intervino don Gregorio—pero me interesa saber qué me va a pasar cuando me muera.

—Imaginar que ocurrirá con nosotros después de la muerte —apuntó don Anselmo, jubilado que había cursado unos años de filosofía—fue preocupación de muchos hombres, incluidos los locos y los linyeras. Podríamos pensar cualquier cosa. En esos mundos desconocidos puede haber seres poderosos como dioses que nos resuciten y nos hagan inmortales.

Don Chicho dijo que estaba viejo para escuchar tanto disparate. A él sólo le interesaba discutir de fútbol. Se levantó y se fue sin saludar. Compraría *El Gráfico,* reporteaban a Maradona y quería leerlo antes que su nieto.

—A lo mejor –continuó hablando don Anselmo—el hombre es el dios de las plantas y los animales. Fíjense, muchachos, quizás los animalitos nos vean o nos sientan como nosotros a eso superior que llamamos Dios. Es casi seguro que hay otra vida después de la muerte.

–En una de esas andamos acá perdiendo el tiempo –exclamó don Gregorio–. La verdad es que estamos para fiambre. Si ustedes que estudiaron me dicen que hay otra vida después de la muerte, ¿qué esperamos?

Se levantó del banco y se fue para su casa. En el trayecto pensó en su suegro que a esa hora le pediría a Adela algo de comer. También pensó que si no fuera por esa barra formidable de muchachos que lo hacía soñar, se habría tirado a las vías del tren. Se preguntó: "¿Qué espera para irse el pobre inútil de mi suegro, qué espera Dios o esos seres de otros mundos para llevárselo? ¿Qué sentido tiene la vida de ese viejo tullido? A veces hay que darle de comer en la boca y ni siquiera puede masticar una papa. ¿Voy a esperar que me pase lo mismo?".

Al llegar, su mujer le repitió lo de costumbre: Estoy cansada, le preparé puré a papá y cociné algo para mí. Arreglate solo, todavía podés moverte. Gregorio lavó unas verduras y puso un bife en la plancha esperando que su dentadura no le jugara una mala pasada. Pese a la prohibición, abrió una botella de vino tinto, lo ayudaría a dormitar, a memorar otros tiempos donde él y su mujer navegaban por el Tigre, allá por el cincuenta. Se embarcaban temprano en las lanchas colectivas, recorrían el Delta y almorzaban en alguna isla. También recordó los paseos por la rambla de Mar del Plata; las nenas, trepadas a los lobos marinos de piedra, posaban sonrientes en la Playa Bristol junto a la ruleta del barquillero. En ese largo entresueño se mezclaban los primeros festejantes de las chicas, la fiesta de quince y el anillo que se sacó Marta, la menor, el día en que se casó Mercedes, la más grande, con ese mediquito que quería llevárselo por delante, justamente a él, treinta años mayor. Recordó su primera gran tienda ubicada en el centro de Villa del Parque, y en plena madurez los amoríos con Gracielita, la cajera, una chica de veintitantos, delgada pero con unos pechos grandes como le gustaban. A su mujer se le habían caído hacía rato y estaba gordísima. Ya por esos años hacer el amor con ella era un suplicio; terminaron por no pedirlo ninguno de los dos. A otros muchachos de la barra les había pasado lo mismo y gastaron su escaso dinero en mujeres mucho más jóvenes. Evocaba

estos hechos confundiendo los nombres, las épocas y hasta las personas. Eran historias que distorsionaba mientras lo envolvía la bruma que había ido aumentando hasta confundirlo todo. A los muchachos les preocupó la primera vez que preguntó por el sastre, que había muerto ocho años atrás.

Esa tarde, cuando terminó el noticiero de las seis, le pidió a don Mariano que apagara la radio, estaba harto de escuchar locutores eufóricos que daban malas noticias y esa música con ruido a lata que nunca era un tango. No quiero que me pase como a usted, don Mariano, que le da lo mismo escuchar cualquier barullo. El viejito sólo atinaba a inclinar la vista para otro lado, dando una sensación de ausencia. Ausencia era lo que sentía Gregorio. Hacía muchos años que su suegro no le hablaba, ni siquiera para pedirle que le acercara la chata para hacer pis o que le frotara los pies con alcohol por los calambres. Era un espectro que rumiaba palabras inaudibles. "Si fuera capaz de arrojarse a las vías", pensaba Gregorio, mientras sentía el desdén de Adela, siempre atenta a los cuidados de su padre. A veces, la veía caminar; en otras su figura desaparecía por completo. La escuchaba, entre ruidos de chancletas, ir de la cocina al cuarto de su padre. Lo recostaba en su cama, lo peinaba, lo vestía y los domingos lo perfumaba con colonia Atkinsons para oír los partidos de River. A Gregorio no lo incluía en el rito del mate; estaba seguro de que cuchicheaban sobre sus defectos. A veces se le ocurría que su esposa planeaba internarlo para poder cuidar mejor al padre. Se negaría, estaba dispuesto a ir a la justicia antes de verse encerrado en un asilo. "Son cementerios en vida, antes prefiero morirme", pensaba. A Epifanio lo habían llevado después de hacerle un juicio por insania. Los desgraciados de los hijos se quedaron con todos sus bienes. En esas semanas, don Gregorio venía cavilando que cuando sus hijas llegaran el domingo para invitarlos a pasear con su mujer, les diría que no podía ir porque lo esperaban los muchachos para escuchar el partido de fútbol. A la tarde simularía un accidente para desprenderse de su suegro. Dejaría abierta la perilla, sin encender la hornalla de la cocina mientras se iba a la plaza, aunque también pensó en el veneno. Adela se ocuparía de él como años atrás y el viejito dejaría de ser un agobio para todos. Pensó que era una especie de eutanasia, un acto humanitario, más lógico que esas ideas absurdas de seres de otros planetas. "Debo tener todo calculado para deshacerme de don Mariano. Cuanto antes, mejor".

El sábado por la noche, después de cenar, revisó los alimentos de la alacena. Fue fácil mezclar el veneno con la harina y el arroz. Luego, cerró su dormitorio con llave y se acostó intranquilo. Soñó con paisajes difusos de otro tiempo: casas, jardines, calles, billares y tranvías de la juventud. Se despertó varias veces, pero no tuvo necesidad de salir del cuarto. Entré dormido arrimaba la chata y orinaba. Hacia la madrugada escuchó los gritos de su mujer. Al rato, ella se calló y él al fin pudo dormir. A las nueve de la mañana llegaron sus hijas y golpearon la puerta hasta despertarlo.

Mercedes le dijo que lo llevarían a un lugar lindo que recomendaron los médicos. Seguro que te va a gustar, te van a cuidar mejor. Mamá no tiene fuerzas para ayudarte a caminar. Mientras lo vestían, últimamente se le hacía difícil ponerse el pantalón y atarse los cordones de los zapatos, Mercedes le dijo que durante la madrugada el abuelo Mariano había muerto de un ataque al corazón. Pobrecita mamá, no pudo hacer nada, llamó al médico pero ya era tarde. Ahora lo está vistiendo y poniendo colonia. Mamá va a estar más tranquila, intervino Marta. No podemos cuidarte, tenemos dos nenas y los departamentos son chicos. Los hacen así, ¿sabés papá? Hay que achicar la cama matrimonial para que entre.

Las hijas se esforzaban para que él cambiara el ánimo, se lo veía afligido y comenzó a gritar: Quiero que venga Adela, seguro que esto fue idea suya, en vez de atenderme, ahora que tiene tiempo. Marta trató de calmarlo diciéndole que iba a estar con gente de su edad, con televisión en colores y tendría un lindo jardín y un dormitorio grande que compartiría con un señor que fue dentista. Las monjas son buenas. Te acostumbrarás a rezar el rosario, a tomar chocolate y a jugar a las bochas. En ese momento llegó Adela. Ahí no vas a poder envenenar a nadie, qué locura, Gregorio, pensar que podías habernos matado. Menos mal que distinguí el veneno en la harina y el arroz.

Sintió que sus hijas y su mujer lo habían terminado de matar. Luego de vestirlo y aunque se resistía, lo llevaron hasta el auto. Había empezado a sentir la muerte como algo cercano el día en que su amigo Epifanio se escapó del geriátrico y al rato se arrojó a las vías del tren. Después, cuando un colectivero atropelló mortalmente al experiodista Pedro.

Su mujer no quiso acompañarlo al asilo, tenía que velar a su padre y recibir las coronas. Marta manejaba y Mercedes iba con él atrás. Al llegar

a la plaza, Gregorio distinguió a don Chicho que paseaba con su nieto y a don Anselmo sentado en el banco. No pidió bajar a saludarlos, le dolía la cabeza y sentía que los árboles se le venían encima. "Si pudiera viajar a otros mundos, como la luz de esa estrella, pensó. Toda una generación va desapareciendo y es terrible. Uno siente que después de Sandrini le toca, después de Tito Lusiardo, después de Balbín o de Perón, pero no. Uno sigue y sigue hasta que sus hijas lo llevan al geriátrico. Le ponen el sobretodo, le calzan los zapatos, lo cambian porque usted ya no controla el pis y al mirarse en el espejo de su baño por última vez, piensa en lo efímera que fue la vida y que larga es ésta, su muerte."

EL GLOBO[16]

Tiempo atrás solía jugar a la pelota con los chicos de mi barrio pero no tuve más amigos desde que mamá hizo lo que hizo con papá. Mamá me venía a buscar para tomar la leche y después no me dejaba salir de casa. Me hacía faltar seguido al colegio, me decía que era un niño débil, me enfermaba, me cansé de usar pañuelos y de alcanzarle el termómetro para que me tomara la fiebre.

Antes de que se fuera, papá nos contó sobre un globo de gas de helio gigante que voló por los cielos de Denver y mantuvo en vilo a los Estados Unidos y a gran parte de los habitantes del mundo que lo vieron por televisión. Nos dijo que dentro de ese globo, que iba y venía por los cielos, viajaba un niño menor que yo. Esa noche papá cambió de carácter. No estuvo amargado como siempre, hablando de lo mal que le iba con el taxi y lo poco que ganaba. Una de las empresas en las que había trabajado se fundió y al poco tiempo de entrar en otra lo despidieron, situación que entristecía a mamá.

Algo en la cara de papá pareció iluminarse, como si de buenas a primeras el mundo hubiera cambiado y ya no la regañara más a mamá y a mí por cosas sin sentido. Bebió menos de lo acostumbrado, no se pegó al televisor, comió más de lo habitual y a los postres me preguntó si me gustaría imitar a ese chico, tan valiente, que pudo ver de cerca las nubes, la extensión del cielo y hasta la lluvia que lo sacudió un tanto pero no demasiado.

Esa noche papá nos mostró en una revista que el globo era seguro, en otro tiempo hubo otros enormes que transportaron pasajeros sobrevolando los océanos. Contó, ante la sorpresa e intranquilidad de mamá, que en algún momento traería a casa un globo parecido al *Pampero* donde perdió la vida el hermano de Jorge Newbery. Lo estaba construyendo en un taller al igual que una avioneta que venía preparando años atrás. Le habría gustado ser piloto de aviones pero por esas necesidades de la vida no pudo estudiar

y empezó a trabajar como cadete desde chico y terminó en ese taxi que lo volvía loco. Estoy harto, nos decía, ¿saben lo que es estar catorce horas acá arriba soportando a la gente?

Mis abuelos paternos se llevaban mal, se separaron y a papá lo dejaron al cuidado de unas tías solteronas. Cada tanto, la mamá, que trabajaba en una fábrica, lo iba a visitar. Papá también trabajó como administrativo en Coca Cola, por eso siempre me contaba que conocía la fórmula y que en algún momento la haría delante de mí. Hacía falta agua, gas, azúcar, cafeína, colorante y por lo que sabía, gran cantidad de la esencia secreta era el jugo de un fruto, llamado nuez de Kola, que los americanos habían traído del África Ecuatorial.

Me ponía contento que papá me contara esas cosas. Un día fuimos los dos a pasear a San Antonio de Areco, donde vi los campos sembrados y muchas vacas y caballos. Papá me dijo que con unos amigos estaban construyendo una chacra, en otro lugar de la Provincia de Buenos Aires, donde gracias a buenos fertilizantes los tomates, las sandías y las frutas crecían y maduraban de un día para el otro y que en poco tiempo podrían hacerse millonarios. Mamá le dijo que estaba loco cuando trajo los tomates redondos y muy colorados y explicaba que el día anterior habían plantado las semillas.

Fue raro lo que nos dijo antes de acostarse la noche en que nos mostró la revista con el globo. En Estados Unidos aterrizó vacío y poco después el niño apareció en el desván de su casa.

Mamá me confesó que empezó a recriminarle conductas y actitudes desde el noviazgo hasta años atrás. Bueno, desde que me quedé sin papá, mamá me deja salir únicamente para hacer los mandados y no fui nunca más al colegio. Eso sí, a las nueve me levanto, le preparo el desayuno, riego las plantas, los malvones, las rosas y el gomero que enmarca la imagen de la Virgen de Pompeya. Es un mosaico colorido rodeado de flores y estampitas. Después leo la lista de los mandados y salgo a hacer las compras. Es la única oportunidad que tengo para hablar con alguien. Cuando vuelvo cargado de frutas, verduras, botellas, carne, y cosas de almacén, limpio los cuartos. El de mamá cambió mucho, vendió la cama matrimonial, sacó las fotos de la luna de miel, la que estaba con papá en su casamiento y en mi bautismo y las reemplazó por un Cristo de yeso, de rostro pálido y de cuerpo flaquísi-

mo. Me obliga a ir a misa con ella todos los domingos aunque a decir verdad es una de las únicas salidas que puedo hacer más allá de las compras.

Por las tardes, desde que mamá echó a papá, aunque ella me dice que papá se fue solo, no le creo, me manda a mi cuarto donde me la paso viendo videos, jugando a la *play* y mirando televisión con la esperanza de que en algún momento aparezca un globo gigantesco sobrevolando el aire con un niño adentro, sano y salvo y por supuesto deseo que ese niño sea yo.

Papá siempre me decía que los sueños pueden convertirse en realidad. Así fue como un domingo en que me rebelé y no la acompañé a mamá a misa, tocaron el timbre y para mi alegría y sorpresa era mi padre, con un globo gigantesco cuyas sogas estaban sujetas a un canasto rectangular de mimbre donde viajaría yo. También había traído una botella con Coca Cola fabricada por él y unas sandías gigantes que ayer eran semillas.

Contentísimo, me abrazó, me besó y me dijo que, gracias a mí, nos haríamos millonarios porque íbamos a vender los derechos de nuestra historia, cosa que el americano de Denver no hizo porque le faltaron las agallas que tendríamos nosotros. Este globo argentino no aterrizaría vacío si no conmigo sano y salvo. Entonces, le dije que era el mejor papá del mundo, como todavía hoy lo sigo considerando, y además le expliqué que echaría a mamá, que lo único que hacía era rezar y trabajar no sé de qué cosa en su computadora para ganarnos la vida, como me dice siempre.

Papá me enseñó a manejar las sogas para remontar vuelo y para descender. En un rato aprendí y me dispuse a dar una vuelta. Me ayudó a subir y solté las sogas y entonces el globo se infló como una vela y yo lo veía a papá, cada vez más chiquito, que me saludaba moviendo las manos y yo hacía otro tanto. Vi los primeros pájaros, los edificios, los parques, los trenes, los ríos, los mares, al cabo de unas horas las montañas, el cielo, el viento y la lluvia, con la esperanza de que al retornar a casa me estaría esperando papá y me diría que ya éramos millonarios y felices para siempre y que la perdonábamos a mamá, que se quedaría a vivir con nosotros.

NOTAS

[1] Publicado en la Antología Personal *Ficciones Reales.* Álvarez Castillo Editor. Colección Letras de Maíz (2020) y en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024). <<

[2] Publicado en *Recordando a Julio y otros cuentos.* Editorial Casa de Papel, 2012 y en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024) <<

[3] Publicado en la Antología de cuentos *Cuentan*. Editorial Metáfora (1993) Obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos organizado por la Asociación de Abogados de la Capital Federal (1992) También publicado en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024) <<

[4] Este cuento obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos organizado por la Comisión de Cultura del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal (1997). Publicado en *Lugares violentos. Cuentos realistas y fantásticos.* Editorial Metáfora (1998) Libro distinguido de interés cultural por la Secretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. Integra también la Antología de cuentos *Los Premios* del Colegio Público de Abogados. Editorial Metáfora (2000). También publicado en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024) <<

[5] Publicado en el libro *El Cielo y el Infierno,* Editorial Victoria Ocampo (2002) y en la Antología Personal *Ficciones Reales.* Álvarez Castillo Editor. Colección Letras de Maíz (2020) <<

[6] Este cuento obtuvo una distinción en el Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional. Publicado en *Recordando a Julio y otros cuentos.* Editorial Casa de Papel. (2012) Y también en la Antología personal *Ficciones Reales*, Álvarez Castillo Editor, Colección Letras del maíz (2020). También publicado en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024) <<

[7] Publicado en el libro de cuentos El C*ielo y el Infierno.* Editorial Victoria Ocampo (2002).Primer Premio en el Concurso de Cuentos Victoria Ocampo (2022).. También fue publicado en la Antología personal de cuentos *Ficciones Reales,* Álvarez Castillo Editor, Colección Letras del maíz (2020) y en la Revista *Socompa*, periodistas de frontera *(*2018) <<

[8] Publicado en *Recordando a Julio y otros cuentos.* Editorial Casa de Papel (2012) También en la Antología Personal, *Ficciones Reales*, Álvarez Castillo Editor, Colección Letras del maíz (2020) <<

[9] Publicado en *Recordando a Julio y otros cuentos*. Editorial Casa de Papel. (2012) Publicado en la Revista *Extremo Sur* (2019) y en la Antología Personal de cuentos *Ficciones Reales*, Álvarez Castillo Editor, Colección Letras del maíz (2020). <<

[10] Primer Premio en el Concurso de Cuentos Victoria Ocampo (2002). Publicado en el libro de cuentos *El Cielo y el Infierno*, Editorial Victoria Ocampo (2003) y en la Antología personal de cuentos *Ficciones Reales,* Álvarez Castillo Editor, Colección Letras del Maíz (2020) También publicado en la Antología Personal *La Palabra nos da vida* Editorial Ápeiron, Madrid, España (2024) <<

[11] Publicado en el libro *Las fotos esconden secretos*. Editorial Palabrava. Santa Fe. Argentina (2024) <<

[12] El cuento *El Cielo y el Infierno* integra el libro con ese título que ganó el Premio Victoria Ocampo en 2002. <<

[13] El cuento *Ese Cura* integra el volumen *El Cielo y el Infierno*, que en el 2002 ganó el Premio Victoria Ocampo. <<

[14] Publicado en el libro de cuentos *Recordando a Julio.* Editorial Casa de Papel (2012) <<

[15] Publicado en el libro de cuentos *Lugares violentos*. Editorial Metáfora (1998) <<

[16] Publicado en *Recordando a Julio y otros cuentos*. Editorial Casa de Papel (2012) <<

BILIOTECA DIGITAL
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO SIN FINES DE LUCRO
http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx